

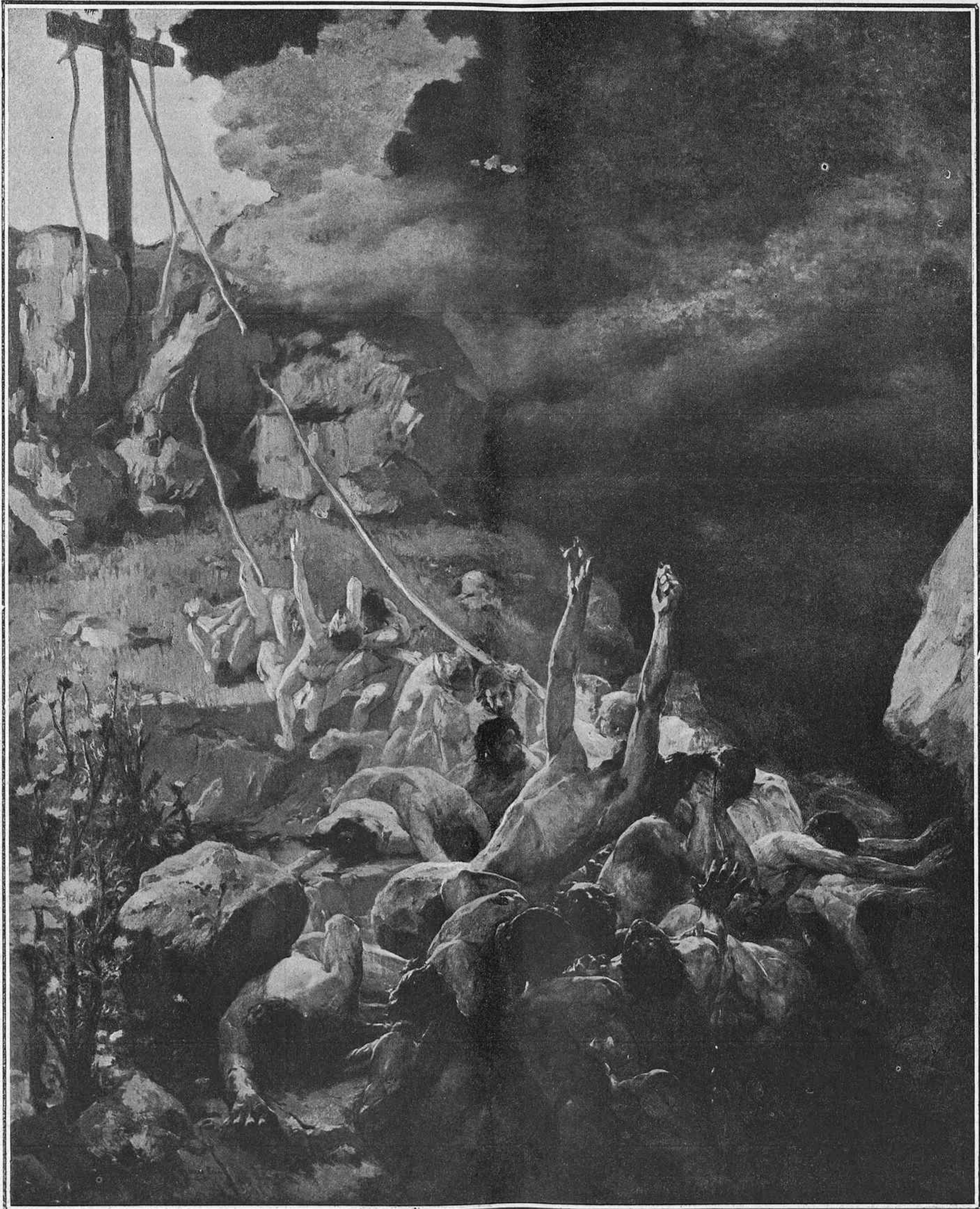
La Ilustración Artística

AÑO XXV

← BARCELONA 25 DE JUNIO DE 1906 →

NÚM. 1.278

Exposición General de Bellas Artes. (Madrid. 1906.)



AL ABISMO, cuadro de Fernando Cabrera Cantó, premiado con primera medalla



Texto.— *Crónica de teatros*, por Zeda. — *Venganza guajira*, por Adrián del Valle. — *Exposición general de Bellas Artes, Madrid. Sección de Pintura* (continuación), por Manuel Carretero. — *El rey de Camboya en Francia. — Monumento á Alejandro Dumas (hijo). — Expedición de Walter Weliman al Polo Norte en globo. — D. José Campabadal. — Bellas Artes. Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1906. — El Gran Premio de París. — Miscelánea. — Problema de ajedrez. — En la paz de los campos*, novela ilustrada (continuación). S. S. M. A. *el rey D. Alfonso XIII y la reina Victoria en la Granja. — D. Alberto Casares, nuevo Intendente de Buenos Aires*, por Justo Solsona. — *Los ómnibus automóviles de París. Grabados.* — *Al abismo*, cuadro de Fernando Cabrera Cantó. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *Venganza guajira*. — *Cerámica artística*, de Juan Zuloaga. — *El Baraolón (Corrales de Buzlma)*, cuadro de Mariano Pedrero. — *Lolita*, retrato de José Rodríguez Acosta. — *Noche de verano en un barrio de Sevilla. — La gitana*, cuadros de Gonzalo Bilbao. — *El rapto de Europa*, cuadro de Fernando Alvarez de Sotomayor. — *¡Qué desengaño!*, cuadro de José García Ramos. — *Ruinas*, cuadro de Santiago Rusiñol. — *El rey de Camboya en Marsella. — Cuatro hijos del rey Sisowath de Camboya. — Las bailarinas del rey de Camboya ejecutando la «Danza de las ninfas»*. — *Monumento á Alejandro Dumas (hijo). — Expedición al Polo Norte en globo. Búsqueda del globo y trineo au'ombuil. — Juventud*, cuadro de L. F. Kowalsky. — *Danza campestre*, cuadro de E. Artigue. — *Los lobos*, cuadro de H. D. Echeverry. — *D. José Campabadal y Calvet. — Medalla de la coronación de los soberanos de Noruega. — El caballo Spear-mint. — Procesión del Corpus en los jardines de la Alameda (La Granja). — Estatua ecuestre de S. M. el rey D. Alfonso XIII*, escultura de G. Violet. — *D. Alberto Casares. — Los nuevos ómnibus automóviles de París.*

CRÓNICA DE TEATROS

Con la partida de Galipaux y compañeros de la legua cerró sus puertas la Comedia, el único teatro de género grande que ha funcionado en Madrid durante la temporada de primavera. Por benevolencia, que pudiéramos llamar corrosiva, ha elogiado una parte de la prensa á esos malos cómicos en lo que permanecieron entre nosotros; en cuanto levantaron el vuelo, los periódicos han reconocido casi unánimemente que eran detestables... Vayan con Dios los tales comediantes, y ellos y los que como ellos piensen otra vez venir á España, desistan de su propósito: de actores de su talla hartos tenemos en nuestra casa.

La porción de público que actualmente concurre á los espectáculos teatrales se reparte entre Eslava, Apolo, la Zarzuela y el Gran Teatro. En este último atraen á los espectadores, no precisamente el libro ni la música de cierta bufonada cuyo título es *El triunfo de Venus*, sino el lujo y aparato con que la tal obrilla ha sido puesta en escena. La noche del estreno, *El triunfo* fué derrota; pero gracias al pintor escenógrafo, al sastre y al maquinista, «la señora Venus, madre de D. Amor,» que por obra y no gracia de los Sres. Fernández Shaw y Muñoz Seca, auxiliados por el maestro Chapí, bajó del Olimpo con intento de correrla en grande por la villa y corte, sigue haciendo de las suyas en el escenario del que hasta poco ha fué teatro Lírico.

Esta resurrección poco afortunada de lo bufo prueba que los autores de género chico van haciéndose cargo de que el público no traga ya el melodrama comprimido... Lo malo es que tampoco parece muy dispuesto á divertirse con bufonadas semejantes á las que tanto gusto dieron á los contemporáneos de Arderius.

Otra farsa de ninguna substancia literaria, pero también de muchos telones, cintajos y colorines, obra de los Sres. Perrín y Palacios, ha «refrescado» últimamente el cartel del teatro de Apolo y servido durante las últimas fiestas para dar una muestra, á la verdad no muy estimable, de nuestra vis cómica á los forasteros y extranjeros que acaban de visitarnos.

La Zarzuela no ha querido ser menos que los otros dos teatros sus rivales, y ha echado el resto en lo tocante á bambalinas, vestimentas caprichosas, efectos de luz y otros excesos para representar una revista salpicada de chistes, que el público bastoneó de lo lindo, pero que se salvó al fin y á la postre, gracias á lo agradable de la música y á los esfuerzos desesperados de la claqué. El título de la revista es *Los Campos Elíseos*, y sus autores, los Sres. López Marín y Pérez Cabrero, de la letra, y Nieto y Alvira, de la música.

Y estas son todas las novedades que en el actual momento histórico ofrecen los teatros de Madrid. También ha habido drama y aun tragedia; pero no entre telones y bambalinas, sino á la luz del sol y con los horribles pormenores que todos conocemos...

Entre las fiestas palatinas celebradas con motivo de las bodas reales, ha sido una de las más interesantes la que se verificó en el palacio del Pardo la noche del 29 de mayo.

A unos catorce kilómetros de Madrid, entre extensos encinares, á cuya sombra pastan tranquilamente ciervos y corzos, alza sus torres puntiagudas y plomizas el palacio en donde se albergó á su llegada á la capital de España la reina Victoria. Veinte años ha que se proyectaban sobre este palacio sombras de tristeza. Allí había muerto en la flor de su edad don Alfonso XII, y desde entonces habían huído de aquella morada regia la alegría y el bullicio de las fiestas cortesanías. Desiertos estaban sus salones y galerías, adornados con tapices cuyos cartones son debidos á Goya y Theniers, silenciosos sus patios y jardines y trocado en obscura capilla lo que fué despacho y alcoba del malogrado monarca.

En vísperas del regio enlace multitud de trabajadores invadió el real palacio, y en pocos días recobraron las hasta entonces melancólicas estancias la belleza y alegría que tuvieron durante el reinado de Isabel II. El teatro, en donde no se había dado función alguna desde los tiempos de la abuela del actual soberano, se decoró en un abrir y cerrar de ojos lujosamente, y todo quedó dispuesto para la solemnidad palatina que en él había de celebrarse la noche del 29 de mayo.

La sala, que tiene una extensión de 150 metros cuadrados, ofrecía un aspecto deslumbrador. En la tribuna regia que da frente al escenario tomaron asiento las personas reales, y en la sala, en bancos sin respaldos forrados de badana, príncipes y princesas, archiduques y embajadores, ministros y generales, ostentando todos vistosos uniformes, bandas, collares, cruces y plaças. Aquella noche puede decirse que María Tubau representó, como en otro tiempo Talma, ante un patio de reyes.

Y empezó la función, cuya parte más atractiva fué la representación del sainete de Ceferino Palencia titulado *La vicaría*. Es este sainete una página viva y coloreada de la España de Carlos IV. Parecía, al ver moviéndose en escena manolos y majas, petimetres y comediantes, toreros y damiselas, que las figuras de los tapices que decoran los muros del Palacio, dejando los puestos que ocupan hace más de un siglo, se habían congregado en la escena para rendir, á su modo, respetuoso homenaje á los reyes y al brillante concurso que llenaba la sala. Los castizos versos de Ceferino Palencia evocaron al mismo tiempo los donaires de la manolera, las disputas de los autores en aquellos días de pelea entre *chorizos* y *polacos*, los celos de los cómicos, las jactancias de los toreros, los chichisbeos de los pisaverdes. Y toda aquella reaparición momentánea del pasado encontró su definitiva expresión en la copia del cuadro famoso de Fortuny, realizado con la fuerza que daba á las figuras la vida y el movimiento.

Al terminar el sainete avanzó María Tubau hasta la batería, y recitó un bello romance, del cual recuerdo los versos siguientes:

A vos, reina, madre augusta,
reina ejemplar, madre santa,
dos veces santa por mártir;
doblemente coronada
con corona de virtudes
y con diadema de lágrimas...

No faltó entre las personas que formaban el auditorio quien observase que los ojos de la augusta señora se llenaban de llanto...

* * *

De otra clase de espectáculo también teatral he de hablar en esta crónica; me refiero á los exámenes de Declamación del Conservatorio.

Dice uno de los más ilustres pensadores de nuestro tiempo que en apariencia existe hoy en España todo lo que poseen las más adelantadas naciones, pero á la manera como se representa la realidad en el teatro, por medio de lienzos pintados, detrás de los cuales no hay nada. Tenemos fachadas de universidades sin universidades, bastidores de laboratorios sin laboratorios, escuelas sin enseñanza ó con enseñanza tan deficiente como pobre... A este último grupo de instituciones más aparentes que reales pertenece la sección de Declamación del Conservatorio, y no por incompetencia de los profesores, entre los cuales los hay tan excelentes como María Tubau y Fernando Díaz de Mendoza, sino por vicios y defectos de organización.

Días pasados se verificaron los exámenes de fin de curso, á los cuales tuve la honra de asistir. Hubo, según es uso y costumbre en aquella casa, sobresalien-

tes á granel. Las alumnas con sus trajecitos de cristianar y los alumnos también muy atildados y comuestos, después de dar pruebas de su aprovechamiento en las asignaturas teóricas, hicieron sus ejercicios prácticos. A estos ejercicios, que se verifican en el escenario de un espacioso salón dispuesto en forma de teatro, asiste numerosísimo público, lo que no es extraño, dada la afición que hay en Madrid á todo lo que se relaciona con el arte escénico.

Justo es decir que los examinandos demostraron gran entusiasmo por la difícil profesión á que se dedican, y algunos, particularmente las alumnas, dieron pruebas de muy estimables aptitudes para el teatro. Esto es verdad, pero no lo es menos que en el trabajo de todos ellos échase de ver mucha menos intensidad de la que exige el arte de la declamación en su más alto y lato sentido. En vez de representar una ó más comedias, los discípulos se limitaron á recitar unos cuantos parlamentos ó alguna que otra escena, con lo cual puede, sí, juzgarse de la dicción de los futuros artistas, pero no de sus condiciones para interpretar caracteres, que es en lo que estriba la verdadera dificultad para el comediante.

Ignoro en qué forma se da la enseñanza práctica durante el curso; pero si es en la adoptada para los exámenes, mucho temo que los alumnos y alumnas al salir del Conservatorio, cargados de sobresalientes, no puedan desempeñar con mediano acierto ni un insignificante papel. ¿Qué ha de aprenderse del arte difícilísimo de expresar los afectos y pasiones, del dominio sobre el gesto, de las actitudes que brotan ó deben brotar de los diferentes momentos de la acción y del lógico desarrollo de los caracteres, aprendiendo de memoria y recitando con mejor ó peor entonación una tanda más ó menos larga de versos?

Si durante el curso se hiciesen seis ú ocho obras de distinto género, ensayadas concienzudamente y procurando que los intérpretes de los distintos papeles penetrasen todo lo más adentro que fuese posible en las almas de los personajes por ellos representados, se lograría orientar convenientemente á los alumnos, aguzar en ellos el talento psicológico y desarrollar sus medios de expresión. Cada personaje es ó debe ser una individualidad determinada, y el actor tiene, si quiere merecer el nombre de artista, que prescindir de su propia persona para fundirse, por decirlo así, en la persona fingida por el autor. Esto, vuelvo á decirlo, no se consigue recitando un parlamento ó una escena desglosada de un drama, sino interpretando totalmente una obra escénica.

Y las obras elegidas para el estudio y enseñanza de los discípulos no deben ser como muchas de las que este año se han elegido, fragmentariamente por supuesto, para los ejercicios prácticos, anodinas y endebles, sino obras maestras del teatro antiguo y moderno, cómicas, dramáticas y trágicas; con lo cual adquirirá flexibilidad el alumno, se educará su gusto y fijará su vocación.

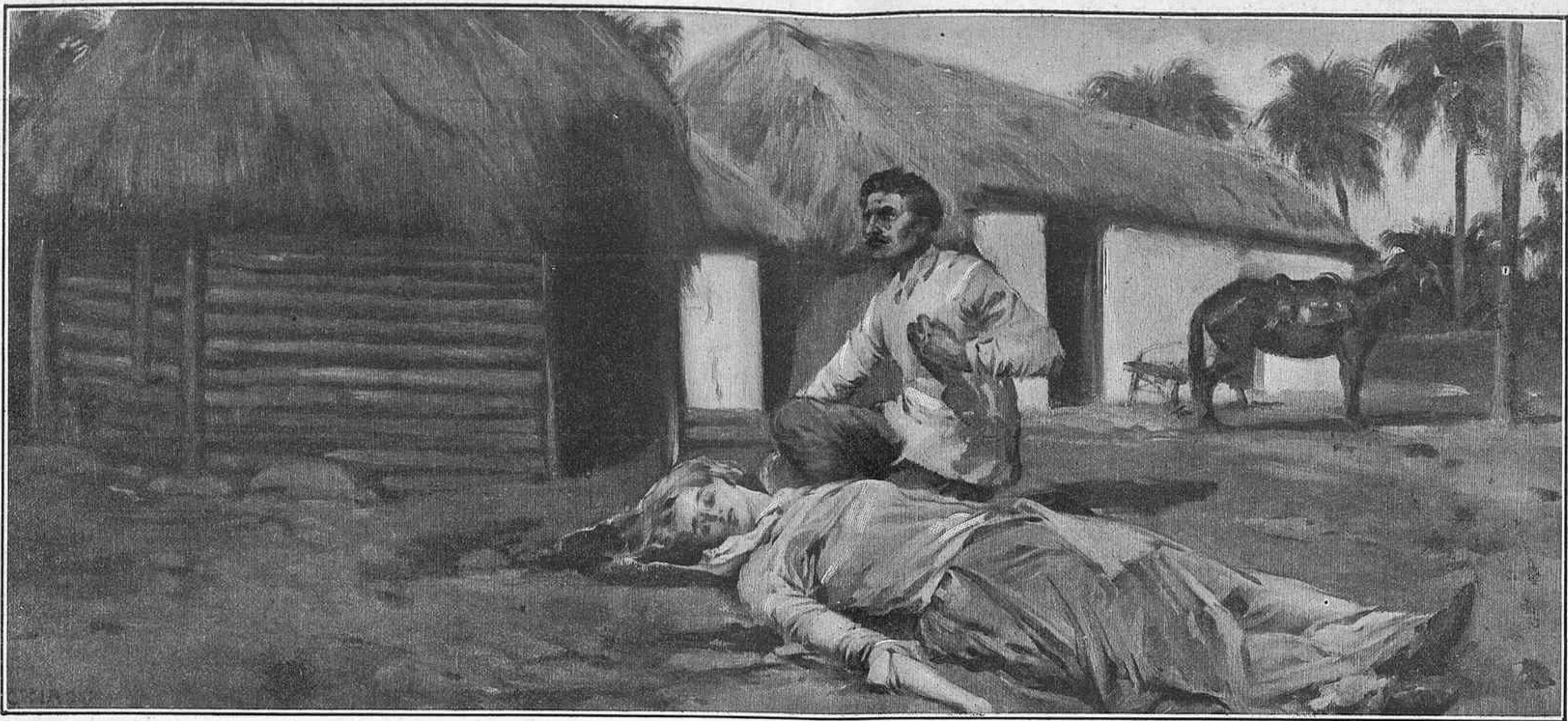
Muy bien está que estos ejercicios prácticos vayan precedidos de los estudios teóricos que hoy se exigen en el Conservatorio: Literatura general, Historia del teatro é Indumentaria; mas para que estas enseñanzas tuvieran la eficacia debida habrían de venir después de un examen de ingreso serio y riguroso. ¿Cómo es posible que sin preparación anterior de ninguna especie, sin tener ni siquiera remota idea de lo que es el arte en general ni el arte dramático en particular, y sin otra vocación que el deseo vago é inconsciente de ser lo que son los cómicos cuyos retratos publican á troche y moche los periódicos de monos, pueda un alumno entender las difíciles cuestiones estéticas, apreciar bellezas literarias, comprender los graves problemas morales, sociales y aun filosóficos que el teatro plantea y desarrolla en forma artística?

Y para el ingreso en el Conservatorio debieran exigirse también determinadas condiciones: figura, voz, pronunciación y distinción de modales. Una niña gangosa, un jovencuelo medio afónico, una moza de cántaro ó un mozo de cordel, no sirven para la escena. El arte se ha hecho para los escogidos, y al que no reuna el conjunto de cualidades que aquél exige, deben cerrársele las puertas de una institución que tiene por objeto crear artistas.

Este rigor que debiera observarse para el ingreso debería mantenerse durante todos los años que constituyen la carrera. Ahora, por el contrario, la benevolencia y blandura que se observa con los examinandos es tan grande, que el alumno ó alumna que saca solamente nota de notable se considera poco menos que reprobado.

Por este camino, el Conservatorio será una de tantas instituciones inútiles que servirá para despertar ridículas ambiciones é insensatas esperanzas en unas cuantas docenas de jóvenes, pero no para crear y formar un solo artista.

ZEDA.



Descansa, alma mía; yo te vengaré

Venganza guajira, por Adrián del Valle

Por la calzada de Arroyo Naranjo iba Joseíto montado en su caballejo criollo, con las pistoleras de la montura llenas de dijes baratos que había comprado en la Habana para regalar á su novia. De vez en cuando cantaba una sentida *guajira*, cuyas melancólicas cadencias transportaba la brisa á lo lejos, deshaciéndose en suspiros por entre los palmares.

No obstante lo sentimental de sus endechas, Joseíto estaba alegre. Pensaba constantemente, con ternezas de enamorado, en la mujer que al día siguiente iba á ser su esposa, una hermosa guajirita de tez trigueña, ojos negrísimos, abundosa mata de azabachado pelo y acariciadora voz de ángel. Nacida y criada en los campos cubanos, tenía de ellos la lozanía. La palmera le había prestado su esbeltez, el cucuyo la fosforescencia de sus ojos, el cielo sin nubes su transparente pureza.

Era la envidia de todas las mujeres de aquellos contornos y la admiración de cuantos hombres la veían. Muchos la habían cortejado, sin resultado; algunos, con su amor, le ofrecieron ricas haciendas, que ella despreciaba; no pocos, aun sabiendo que estaba ya prometida, cuando la pálida luna subía por el horizonte estrellado ó se ocultaba tras los palmares, iban á la puerta de su *bohío* y, acompañándose de la guitarra, le cantaban sus amorosas cuitas en improvisadas décimas.

De toda aquella legión de enamorados, el preferido había sido Joseíto, que á una figura arrogante unía un corazón noble y generoso. Tenía fama de valiente y de poeta. Nadie le aventajaba en *versar* y en bailar un zapateado caladas las espuelas y con el machete ceñido. Honrado y trabajador, constituía un partido excelente para cualquier muchacha hacendosa. El ideal de su vida se reducía á dos grandes amores: su *Cheché* querida, que pronto sería su esposa, y su caballejo Moro, el inseparable compañero de trabajos y fatigas.

La tarde languidecía. El sol se ocultaba tras un monte, proyectando una gran sombra oscura que contrastaba violentamente con el vivo amarilleo de los campos más lejanos. Joseíto no divisaba todavía el bohío de su amada. Impaciente, exclamó:

—Aprisa, Morito, aprisa, que mi alma estará ya impaciente.

Y el caballo, cual si lo comprendiera, meneó la cabeza y avivó el paso.

Cheché cosía sentada en una mecedora. Estaba sola en la casa; su padre y hermano hallábanse todavía ocupados en las labores del campo. De vez en cuando dejaba de coser y levantaba la cabeza. Esperaba impaciente á su Joseíto.

Oyó las rápidas pisadas de un caballo. Su corazón dió un salto de alegría.

—¡Será él!, exclamó fijando la vista en el pedazo de calzada que se extendía á poca distancia del bohío.

Un caballo se paró y un hombre saltó de él; pero ni el primero era el Moro ni el segundo Joseíto. El hombre ató el animal á la tosca cerca y adelantó hacia la casa. Vestía el típico traje del guajiro cubano: pantalón de dril crudo y guayabera listada; al cuello, un pañuelo de seda rojo; al cinto, un machete Collins de ancha y larga hoja; calzaba anchos zapatos de cuero amarillo y cubría la cabeza con un sombrero de jipijapa. Su rostro, renegrido por el sol, tenía facciones duras y sus ojos pardos miraban airados.

—Buenas tardes, *Cheché*, dijo desde el umbral.

—Buenas tardes, Juanín, contestó ella sin mirarlo y continuando su interrumpida labor.

—¿Ha venido Joseíto?

—Todavía no.

—¿Estás sola?

—Sí.

—¿Puedo entrar?

—Como gustes.

Entró y se sentó en la mecedora que estaba frente de ella. Después de un momento de silencio, sin cesar de mirarla fijamente, dijo:

—Esperas á Joseíto.

—Sí, contestó secamente.

—Lo quieres mucho.

—Con toda mi alma.

—¿Y por qué lo preferiste á él y no á mí?

—Quise al que mi corazón eligió.

—Me han dicho que os casáis mañana.

—No te han mentido.

—¿Y crees que serás feliz con él?

—¡Oh, sí, muy feliz!

Una mirada más intensamente airada brilló en los ojos de Juanín, que se mordió el labio inferior de rabia. Los celos torturaban su alma y nublaban su razón. De pasiones indómitas, de temperamento violento y casi salvaje, no podía consentir que la mujer que él tan ardientemente amaba pudiera gozar en brazos de otro.

—¿Sabes á lo que he venido?, dijo de pronto.

—No.

—A decirte que no te cases con Joseíto.

Admirada, le miró por primera vez fijamente.

—¿Y por qué no he de casarme con quien yo amo?

—Porque yo no quiero, porque si no puedes ser para mí, tampoco serás de nadie.

Y al decir esto, la miró con tal expresión de locura en los ojos, que ella tuvo miedo y, levantándose, dirigióse hacia la puerta. El la detuvo, sujetándola por un brazo.

—No te vayas.

—Déjame...—Y viendo que no la soltaba, gritó con todas sus fuerzas:—¡Padre!.. ¡Joseíto!..

—No grites.

—¡Padre!.. ¡padre!..

Asqueada por el contacto brutal de aquellos brazos, forcejó rabiosa y le arañó en el rostro; pero fácilmente logró él dominarla, sujetándola fuertemente por las muñecas.

—Sueita, que me haces daño, suplicó ella.

—Dime que no te casarás con él.

—Eso no; le amo, le quiero tanto como á ti te odio.

Rápido, sacó del cinto su ancho cuchillo y lo hundió en el pecho de la infeliz, que se desplomó al suelo sin proferir un grito.

—Antes que de otro, te prefiero muerta, exclamó con voz ronca, y huyó de allí como un loco.

Cuando al poco rato llegó Joseíto, alegre y cantando, la vista del cuadro horrible paralizó la voz en su garganta. Transido de dolor, inclinóse sobre el rostro pálido de *Cheché*, oyendo aún de sus labios, contraídos por la agonía, la revelación del crimen y el supremo adiós de despedida.

Muerta ya, lloró sin consuelo, besó su boca y le dijo bajito como si pudiera oírle:

—Descansa, alma mía; yo te vengaré.

A los pocos días los rurales encontraron cerca de Bejucal el cadáver de un hombre, cuya cabeza estaba casi partida por un tremendo machetazo. Identificado, resultó ser Juanín, que la justicia reclamaba como presunto asesino de la hermosa *Cheché*.

Joseíto había cumplido la promesa que hiciera á la muerta.

(Dibujo de Triadó.)

EXPOSICION GENERAL DE BELLAS ARTES

MADRID. 1906

SECCIÓN DE PINTURA

(Continuación)

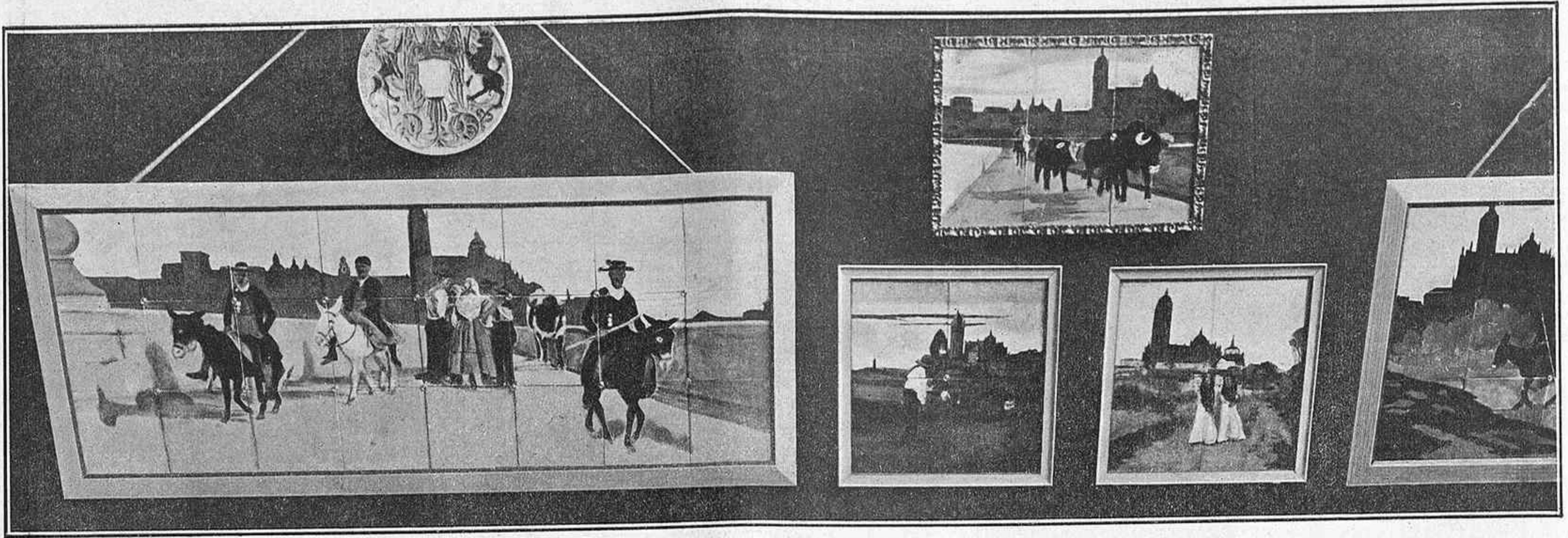
No tengo espacio para hablar mucho de todas las obras expuestas por Hermoso; diré como resumen que me gustan todas ellas, que son originales, que tienen ritmo y un gran espíritu hasta en los menores detalles. El dibujo es asombroso y al color no se sujeta la fantasía del moderno artista.

En la labor es el cuadro que tiene mis mayores cariños y todas mis loanzas: por su sencillez, por su verdad. Y puede asegurarse que quien ha logrado

exponer tanta belleza y sana poesía sin recurrir á efectos de ninguna clase, será muy pronto, por su gran talento y modernas tendencias, una gloria indiscutible de España.

Su obra *La salida del Folies Berge*, es un lienzo difícilísimo de ejecución. De Baroja, de Sancha, de Solana y otros hablaremos al ocuparnos de las aguas fuertes y de los dibujos expuestos.

toda la escena, muy corriente en nuestras tierras, vese expuesta con armonía y elegancia, sin caer en exageraciones chabacanas. Algunos retratos del mismo autor con modelos andaluces están muy bien y son bellos.



EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES. MADRID, 1906. — CERÁMICA ARTÍSTICA, de Juan Zuloaga, premiado con tercera medalla

La historia de Rusiñol es larga y siempre brillante: es el camino, nunca torcido, todo el trabajo de un exquisito poeta con dos almas, como de Rusiñol dijo con acierto no sé quién...

Trae á esta Exposición el padre de los jardines abandonados otros dos más, románticos, sublimes, acabadas obras de arte. Y al lado de estos lienzos expone tres más: *El calvario*, *Ruinas* y un retrato. Los dos primeros estoy por decir que tienen más alma que el hombre retratado, que aun expresando mucho no nos cautiva.

Lástima grande que Joaquín Mir, el insigne pintor-poeta, busque sus paisajes en los lugares escondidos donde jamás han penetrado nuestras miradas. *Mar oriental*, *El cuerno de la abundancia* y otros lienzos muy notables y bellos, que producen un efecto grande, pinturas donde el color siempre es el mismo—azul fuerte—confesamos que no nos convencen por su tonalidad, que creemos propia de otros países del Norte y no de nuestra España. Pero este requisito de la luz y el color en el arte moderno va siendo—como sabéis—accidental, y está substituído en algunos casos con ventaja por el dibujo la poesía infinita que el artista de inteligencia pone en sus lienzos. Merece, pues, Mir alabanzas por su labor de hondo sentimiento.

Meifrén expone ocho ó diez paisajes, unos con flores, *Rincones de España*, y otros, los menos, con calles sórdidas, de España también, lienzos merecedores de elogio y dignos del notable artista.

Ricardo Baroja, Miguel Nieto, Regoyos, Zárraga, Sancha, Solana, Otto Boyer, Lezcano, Villodas, Nonell; son estos jóvenes los más formidables luchadores que siempre caminaron hacia el ideal superartístico: desentendidos, sordos como tapias á todo vitando convencionalismo que les llamaba sin cesar para mostrarles piadosamente la conocida, la odiosa ruta por donde marchan la multitud, el revulgo y las medianías.

Visitad la Exposición y recorred una y otra sala, y fijaos en los cuatro ó seis mejores retratos que en ellas se exponen. Uno es de Ricardo Baroja, el inimitable discípulo de Goya. Este hermoso cuadro firmarialo el divino maestro sin desdoro.

Otros retratos son de Sancha, de Boyer, de Zárraga, el del admirado amigo Valle Inclán; de Villodas, de Lezcano; y son todas pinturas muy bellas.

De Anselmo Miguel Nieto encontraréis un retrato de una señora inglesa, y en una de las salas de la Exposición que llaman «la escuadra» hallaréis otra obra grande firmada por este joven pintor ya tan admirado entre los buenos artistas.

Zárraga, Nonell y Regoyos tienen mucho talento y un gusto exquisito. Sus cuadros, colocados en los últimos pisos de la Exposición, nos producen una sensación bella, y esta virtud no la tienen, por desgracia, los lienzos de otros, de infinitos artistas cuyas producciones están en sitio mucho más visible.

Chicharro, Benedito, Pinazo Martínez, Carlos Vázquez, Rodríguez Acosta y Cecilio Plá. Como me sucede con el original y notable paisista Dario de Regoyos y con otros muchos artistas que en estas cuar-

Pinazo Martínez expone varias obras de no pequeño tamaño; desprecia el color, lo exagera, quiere idealizarlo con tonos falsos y olvida, por último, que este concurso no es una exposición parisina. Aquí, en la nuestra, las gentes que un día y otro la visiten disfrutarán, por su felicidad, del espléndido sol, y no perdonan, más que en gracia á otras bellezas, que se olviden el credo y las enseñanzas del admirable Sorolla. Por eso triunfó aquí este maestro tan pronto...

Carlos Vázquez tiene colocado en el salón que podemos llamar de honor un cuadro grande y hermoso, *Mozos de las Escuadras de Barcelona* (1). Las figuras, admirablemente sentidas, están ejecutadas con gran vigor y verdad y el paisaje es de una belleza imponderable.

Cecilio Plá, este maestro, no nos convence del todo con sus obras, con sus arranques, con sus titánicos esfuerzos en busca de la originalidad y elegancia. Su lienzo *La aparición de San Isidro* nos abstemos adrede de juzgarlo; ello es que allí en el lienzo hay una mezcla de cosas terrible, aunque de seguro será todo de perlas, muy agradable para el místico que le hizo el encargo al pintor. En algunos retratos de señora Cecilio Plá está más feliz y nos muestra enseñanzas de depurado gusto. Le felicito.

De todos los cuadros que los cuatro pensionados por nuestro gobierno en Roma, Ortiz Echagüe, Zaragoza, Llorens y Alvarez, presentan en

esta Exposición, fijamos más nuestro cariño artístico en los de Ortiz Echagüe y Zaragoza. Y reconocemos, con justicia, que los paisajes de Llorens son agradables y pintados á la moderna; como también difíciles de ejecución y con escaso lucimiento los interiores de Alvarez Sala.

Pero Ortiz Echagüe y Zaragoza son dos pintores más fuertes, más elegantes y sencillos que sus compañeros de pensión. El cuadro *Lady Godiva*, de Echagüe, aun con sus defectos de dibujo, demasiado abocetado, y sus abusos de contraste de color, tiene aciertos de un gran artista; y si no es este lienzo un triunfo completo, es un gran paso en la brillante carrera de su joven autor.

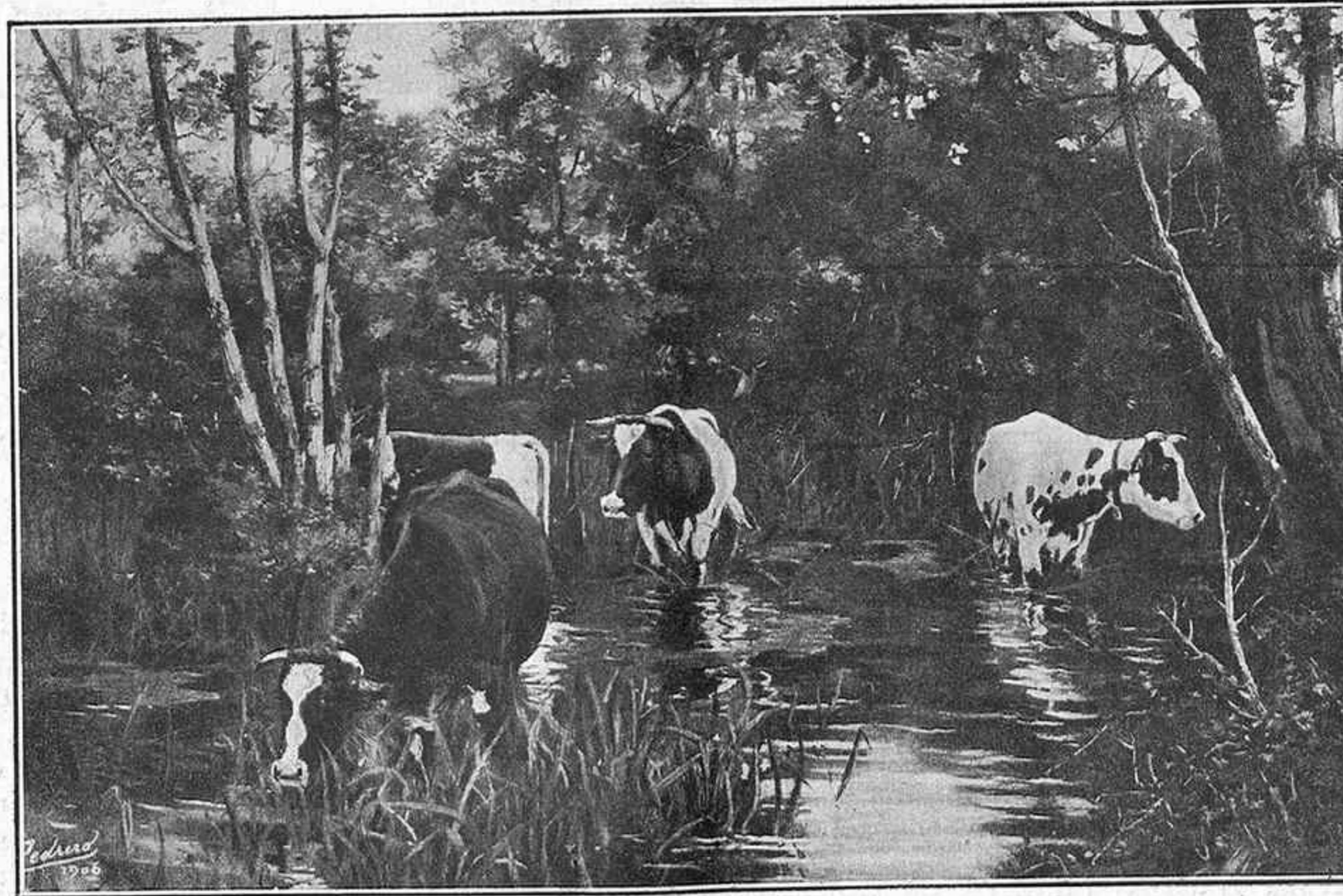
De Ramón Zaragoza es el cuadro *Orfeo en los Infiernos*, obra valiente y de firme pintura, que, como la del lienzo anterior, asegura para próximos días la completa victoria de este notable artista.

MANUEL CARRETERO.

(Fotografías de Toneser.)

(Se continuará.)

(1) Se publicó en el número 1.273 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con el título *Una captura en los alrededores de Barcelona*.



EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES. MADRID, 1906. — EL BARDALÓN (CORRALES DE BUELMA), cuadro de Mariano Pedrero

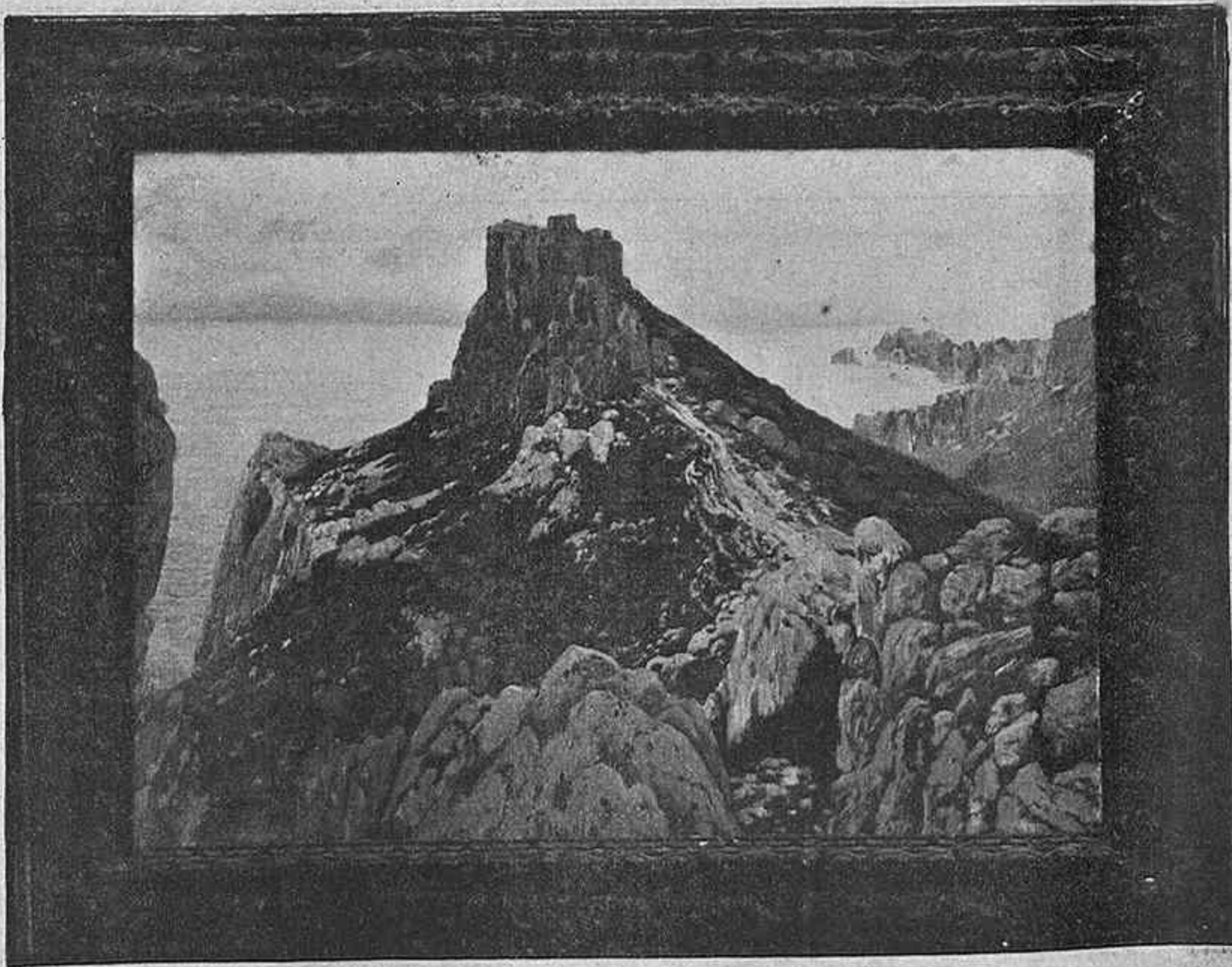
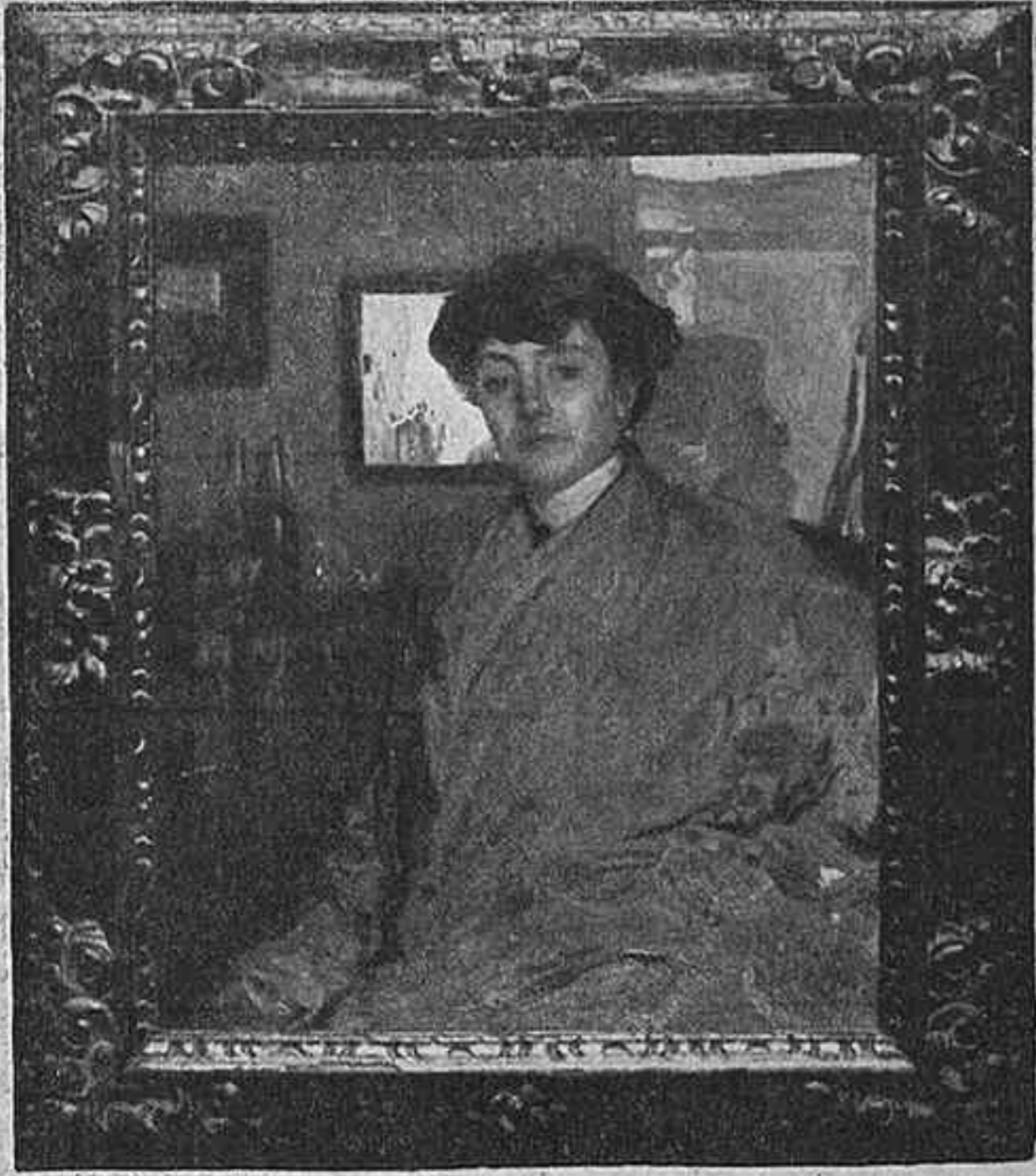
tillas voy citando, no conozco á ninguno de estos seis notables pintores. Todo lo que diga, pues, de ellos me lo inspiran sus obras. Mis amigos tampoco me han hablado del arte de estos expositores.

De Chicharro creemos que en este concurso no ha estado muy feliz al escoger sus asuntos, en los que necesariamente habían de entrar grandes y viejos efectos de luz roja, amarilla, verde, como se observa en sus cuadros *De verbena* y *Campesinos griegos adorando los evangelios*.

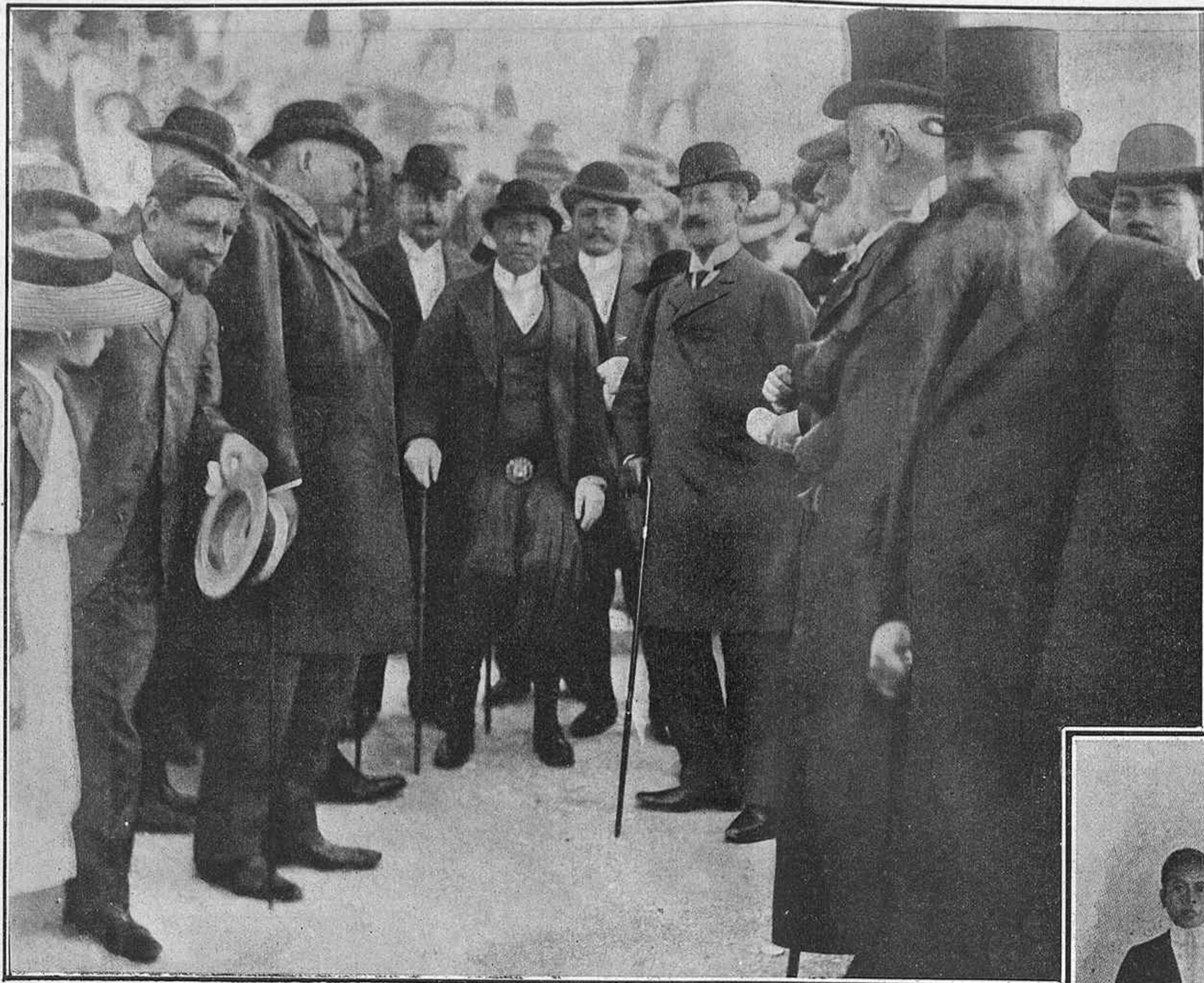
¿Por qué no presentó el Sr. Chicharro, este artista de talento, en lugar de uno de los cuadros siquiera otro más real y difícil, moderno, en fin? Y es lástima, porque este pintor es ya un maestro notable, muy acreditado de la Exposición pasada.

Benedito fué premiado con primera medalla, como Chicharro, en el último concurso. Ahora, sin exponer cuadros que alboroten por su hermosura, trae á esta Exposición algún lienzo muy acertado. Un retrato de un ama con su bebé al pecho, expuesto en la sala tercera, despierta nuestro entusiasmo.

De Rodríguez Acosta es una pintura bastante difícil y honrada: *En el santuario*. Los rostros de algunos viejos fanáticos de su lienzo son admirables, y



LOLITA, retrato de José Rodríguez Acosta (2.^a medalla). - NOCHE DE VERANO EN UN BARRIO DE SEVILLA, cuadro de Gonzalo Bilbao (fuera de concurso). - EL RAPTO DE EUROPA, cuadro de Fernando Alvarez Sotomayor (1.^a medalla). - ¡QUÉ DESENGAÑO!, cuadro de José García Ramos (condecoración de 1.^a categoría). - RUINAS, cuadro de Santiago Rusiñol (condecoración de 1.^a categoría). - LA GITANILLA, cuadro de Gonzalo Bilbao (fuera de concurso).



EL REY DE CAMBOYA EN MARSELLA. — VISITA DEL REY AL FAMOSO SANTUARIO DE NOTRE-DAME DE LA GARDE
(De fotografía de León Bouet.)

EL REY DE CAMBOYA EN FRANCIA

Para muchos franceses, la presencia de Sisowath, rey de Camboya, en Francia constituirá simplemente una curiosidad, una nota pintoresca, tanto más cuanto que el monarca asiático viene á Europa acompañado de sus princesas favoritas y de unas cuantas bailarinas de su corte, que ejecutarán en público las danzas típicas de su país. Pero para el gobierno francés, ese viaje del soberano protegido reviste singular importancia y tiene una finalidad política de no poca trascendencia.

En primer lugar, interesa á Francia que su protegido se cerciore por sí mismo de la fuerza y de la riqueza de su protectora, que vea el poder de sus escuadras, la fuerza de su ejército, la productividad de su suelo, la actividad de su industria, para que se sienta orgulloso de recibir protección de tal país y al propio tiempo vea cuán caro podría costarle el tratar de substraerse á ella.

Por otra parte, los honores y los obsequios que el gobierno ha dispensado en Marsella y dispensa ahora en París á su ilustre visitante inclinarán cada vez más favorablemente el ánimo de éste hacia su protectora, y predispuerto de esta suerte, robustecida además su autoridad con tales distinciones, podrá colaborar mejor en su reino á la obra de Francia, imponiendo á sus súbditos, como si emanasen de él, las prescripciones que aquélla le inspire ó le dicte. Gracias á ese sistema, lo que de otro modo exigiría largo tiempo y rigores que acaban por hacerse odiosos, lo consiguen hoy las naciones verdaderamente expertas en materia de colonización, como Inglaterra y Francia, con relativa rapidez y sin enajenarse la buena voluntad de los indígenas.

Acompañan á Sisowath, además de las princesas y bailarinas, sus hijos, los príncipes Essaravong, Duong-Maturo, Moniyong, Sofanonwong y Wong-Kat; el príncipe Chantaleka, hermano de su predecesor Norodón I; el ministro de Instrucción pública, y el de la Corte, Hacienda y Bellas Artes.

Llegó el monarca á Marsella el día 11 de este mes á bordo del

acorazado francés *Amiral-Kersaint*, siendo recibido con los honores debidos á su alta jerarquía por un representante del ministro de las colonias, el prefecto de las Bocas del Ródano, el alcalde, el general gobernador y los directores de la Exposición colonial que actualmente se celebra en aquella ciudad.

Durante su estancia en Marsella, Sisowath visitó los principales monumentos, edificios públicos y museos, el famoso santuario de Notre-Dame de la Garde y la citada exposición, en donde pudo ver, en el pabellón de Camboya, reproducida exactamente una de las torres de la pagoda de Angkor y multitud de recuerdos de su corte de Pnom-Penh.

El traje que viste el soberano consiste en frac ó smoking lleno de condecoraciones, en unos anchos calzones de seda que le llegan hasta la rodilla, medias negras, zapatos y sombrero hongo con un gran brillante.

En París permanecerá el monarca camboyano hasta después de la fiesta nacional del 14 de julio. El presidente de la República el gobierno y el Ayuntamiento han organizado fiestas y recepciones en su honor, figurando entre ellas expediciones á



LAS BAILARINAS DEL REY DE CAMBOYA EJECUTANDO LA «DANZA DE LAS NINFAS»

Versalles, á la Escuela de Saint-Cyr, á Fontainebleau, á Saint-Germain y á Compiègne.

Ya hemos dicho que Sisowath se ha traído de su país algunas princesas favoritas y varias bailarinas; este séquito femenino, que es lo que más interés despierta entre los franceses, lo forman setenta y ocho mujeres, presididas por la princesa Sunphady. Con ellas han venido también á Europa doce músicos, un bufón, el joyero del rey, diez delegados del Camboya y los cinco guardianes de aquellas damas.

He aquí algunos datos que en la prensa francesa circulan como auténticos acerca del cuerpo coreográfico camboyano.

Por la mañana, en cuanto se levantan, las bailarinas ofrecen sus respetos á la princesa Sunphady, la cual les entrega las joyas con que han de adornarse durante el día y que ellas le devuelven por la noche para ser guardadas en el cofre cuya llave única tiene el tesorero. Después las bailarinas se retiran y pasan el día jugando ó bailando en los jardines hasta las ocho, en que, tras los saludos á la princesa y previa devolución á ésta de las joyas, se retiran á descansar en sus habitaciones.

Las danzas camboyanas son un resto del glorioso pasado de aquel imperio de los khmeres que los antiguos denominaban el *Quersoneso de oro*, y en ellas se ha perpetuado la influencia de tres religiones, la primitiva del *Naga*, la serpiente-dios de las primeras edades, el brahmanismo



CUATRO HIJOS DEL REY SISOWATH DE CAMBOYA

y el budismo, que es la que actualmente se profesa en el Camboya. Así las bailarinas imitan con las ondulaciones de sus brazos y de sus piernas los movimientos de las serpientes, con sus pasos el balance rítmico de los elefantes, el animal sagrado de Buda, y con sus actitudes y evoluciones graves la solemnidad de los ritos brahmánicos. Además de las danzas rituales, los bailes camboyanos comportan la representación mímica de los dramas históricos del país khmer, y la lectura de poemas nacionales acompañada la interminable sucesión de escenas trágicas ó burlescas.

Para representar reyes y reinas, pónense las bailarinas el *pnom*, casco de oro en forma de pirámide; y para representar los genios maléficos se cubren el rostro con una máscara de repugnante fealdad.

Una especie de mesa baja cubierta con una estera figura el trono real, y la bailarina que hace el papel de monarca toma posesión de ella después de muchas carreras ó de rudas batallas, que dan lugar á movimientos de conjunto combinados con mucho arte.

Las bailarinas camboyanas del rey Sisowath visten trajes suntuosísimos, túnicas de brocado de oro llenas de piedras preciosas, ricas diademas, magníficos cinturones, brazaletes y sortijas. — R.



PARÍS. — MONUMENTO Á ALEJANDRO DUMAS (HIJO), OBRA DE RENATO DE SAINT MARCEAUX. CEREMONIA DE LA INAUGURACIÓN EFECTUADA EL DÍA 12 DE LOS CORRIENTES. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

MONUMENTO A ALEJANDRO DUMAS (HIJO)

Este monumento, que se inauguró en París el día 12 de los corrientes, es obra del célebre escultor Saint-Marceaux y ha sido erigido en la plaza de Malesherbes, enfrente de la estatua de Alejandro Dumas (padre). El artista ha representado á Dumas vestido con su holgado

dirigen á él, que las comprende, las compadece y las defenderá. Esas figuras de mujeres que rodean el pedestal y que se acercan al dramaturgo están agrupadas de una manera hábil y variada: una es joven, casi niña, perturbada por una esperanza inquieta; las otras, dolientes ó exaltadas, han pasado por distintas pruebas en su existencia.

El artista, al describir ese grupo, dice: «Salvo la Dama de las camelias, á la que se reconocerá fácilmente por su actitud de abnegación absoluta, por los bucles de su peinado y por las flores que su débil mano deja caer, ninguna de las otras mujeres representa particularmente á alguna de las heroínas de Dumas. Dos muchachas se aproximan al célebre director de conciencia: una murmura su secreto; otra, florida mensajera, expresa con su sonrisa la esperanza de sus quince años. Una madre abandonada, con su hijo en brazos, pide ayuda y protección al defensor de los débiles; y finalmente un último personaje femenino, con los brazos extendidos, abraza á sus hermanas con un supremo gesto de compasión, uniéndolas en su común gratitud al que supo amarlas, evocarlas y glorificarlas.»

A la ceremonia de la inauguración asistió todo el gran mundo de las letras y de las artes. En ella se pronunciaron elocuentes discursos: el de Sardou, por enfermedad de éste, fué leído por M. Roujón, secretario perpetuo de la Academia de Bellas Artes; los otros oradores fueron M. Tantet,

secretario del Consejo Municipal; Pablo Bourget, de la Academia Francesa; Pablo Hervieu, de la Sociedad de Autores dramáticos; Camilo La Senne, presidente de la Asociación de la crítica, y Julio Claretie, de la Comedia Francesa. Todos dedicaron entusiastas elogios á la obra de Dumas y fueron calurosamente aplaudidos.

EXPEDICIÓN DE WALTER WELLMAN AL POLO NORTE EN GLOBO

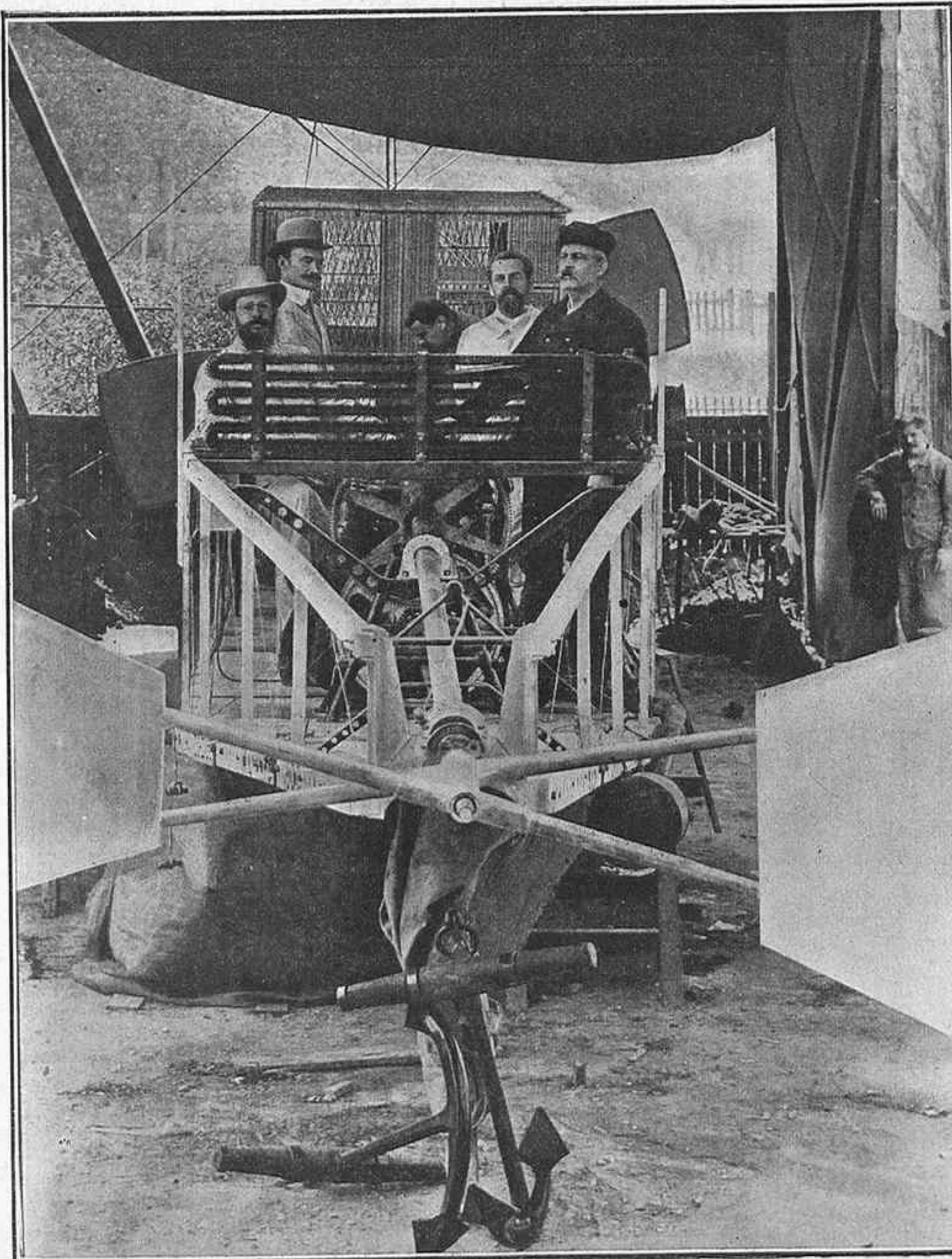
Cuando la prensa europea anunció que un diario de Chicago proyectaba la realización de la conquista del Polo Norte en globo, iniciados y profanos acogieron con escepticismo la noticia; unos creyeron que se trataba de uno de esos *canards* tan frecuentes en los Estados Unidos; otros, tomando la cosa en serio, no pudieron menos de evocar el doloroso recuerdo de la expedición André.

Entre tanto, el jefe de la *Wellman Chicago Record Herald Polar Expedition*, que así se denominaba la empresa, no perdía un minuto para llevar á cabo de una manera rápida y segura el plan concebido.

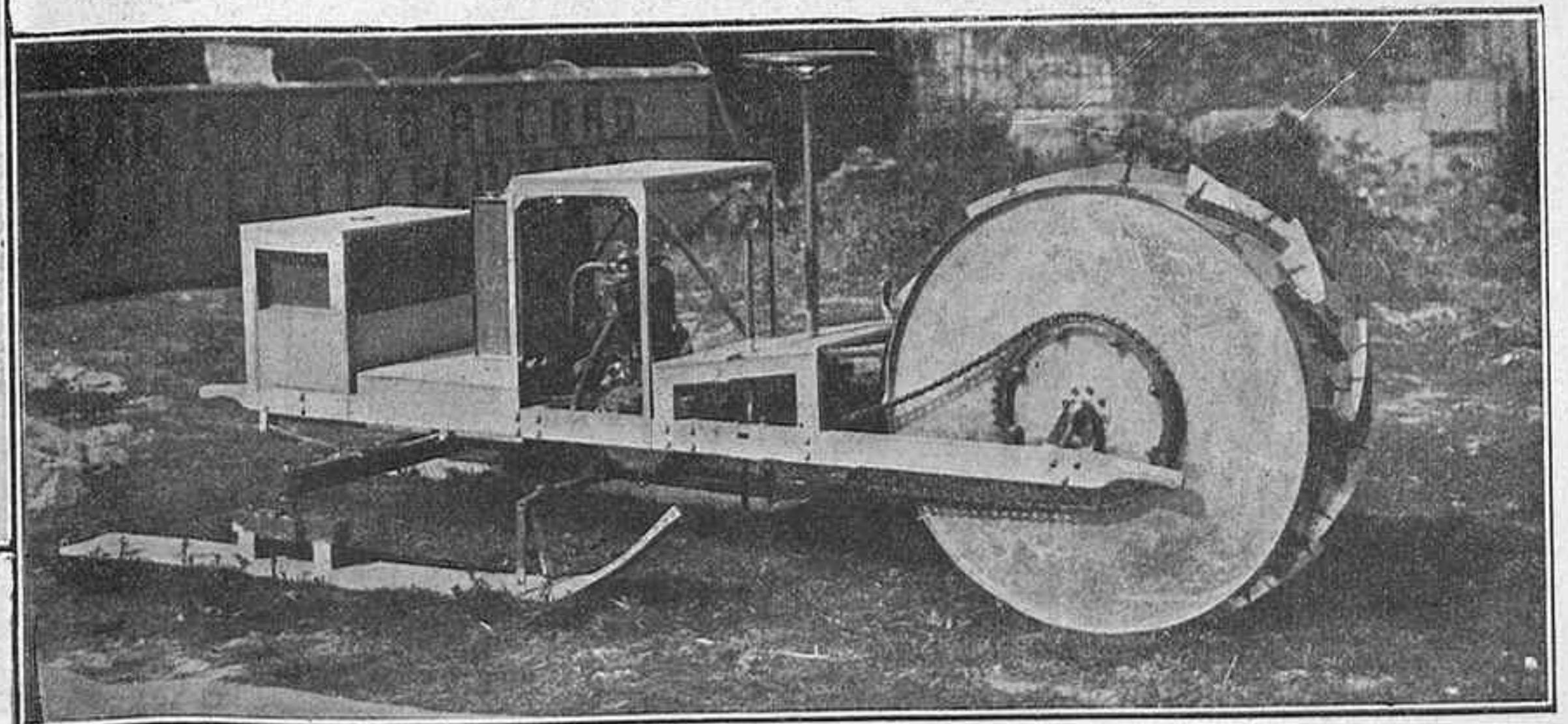
Mr. Walter Wellman no disponía más que de dos meses para los preparativos, que habían de quedar terminados á primeros del presente junio. Esos dos meses han bastado, y á estas horas el globo dirigible, los trineos automóviles y los expedicionarios navegan ya con rumbo á Spitzberg, punto de partida de la expedición.

El globo, que se llama *América*, es de forma disimétrica prolongada, mide 50 metros de ancho en el centro, tiene un volumen de 6.300 metros cúbicos, pesa en total 2.800 kilogramos y ha de tener una fuerza ascensional de 7.000 kilogramos. Lleva dos motores, uno de 50 caballos, situado en la proa, que imprime al globo una velocidad de 24 kilómetros por hora, y otro de 25 que puede dar una velocidad de 17 kilómetros. Esos dos motores pueden funcionar simultáneamente dando una velocidad de 32 kilómetros.

Acompañan en la expedición á Mr. Wellman, Mr. Liwentaal, ingeniero; el mayor Hersey, encargado de las observaciones científicas, y dos franceses, los Sres. Gastón Hervieu y Colardeau. — X.



EXPEDICIÓN DE WALTER WELLMAN AL POLO NORTE EN GLOBO Vista de la barquilla del globo con los expedicionarios. (De fotografía de Branger.)



Uno de los trineos automóviles que llevan los expedicionarios. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

traje de trabajo; está sentado y en actitud de escuchar la voz confidencial dolorida ó apasionada de las mujeres, cuyos dolores supo llevar ante el tribunal de justicia y de piedad de la conciencia humana: esposas, amantes, madres, doncellas se



París.—Salón de la Sociedad de Artistas franceses. 1906.—Juventud, cuadro de L. F. Kowalsky



París.—Salón de la Sociedad de Artistas franceses. 1906.—Danza campestre, cuadro de E. Artigue



París.—Salón de la Sociedad de Artistas franceses. 1906.—Los lobos, cuadro de H. D. Etcheverry

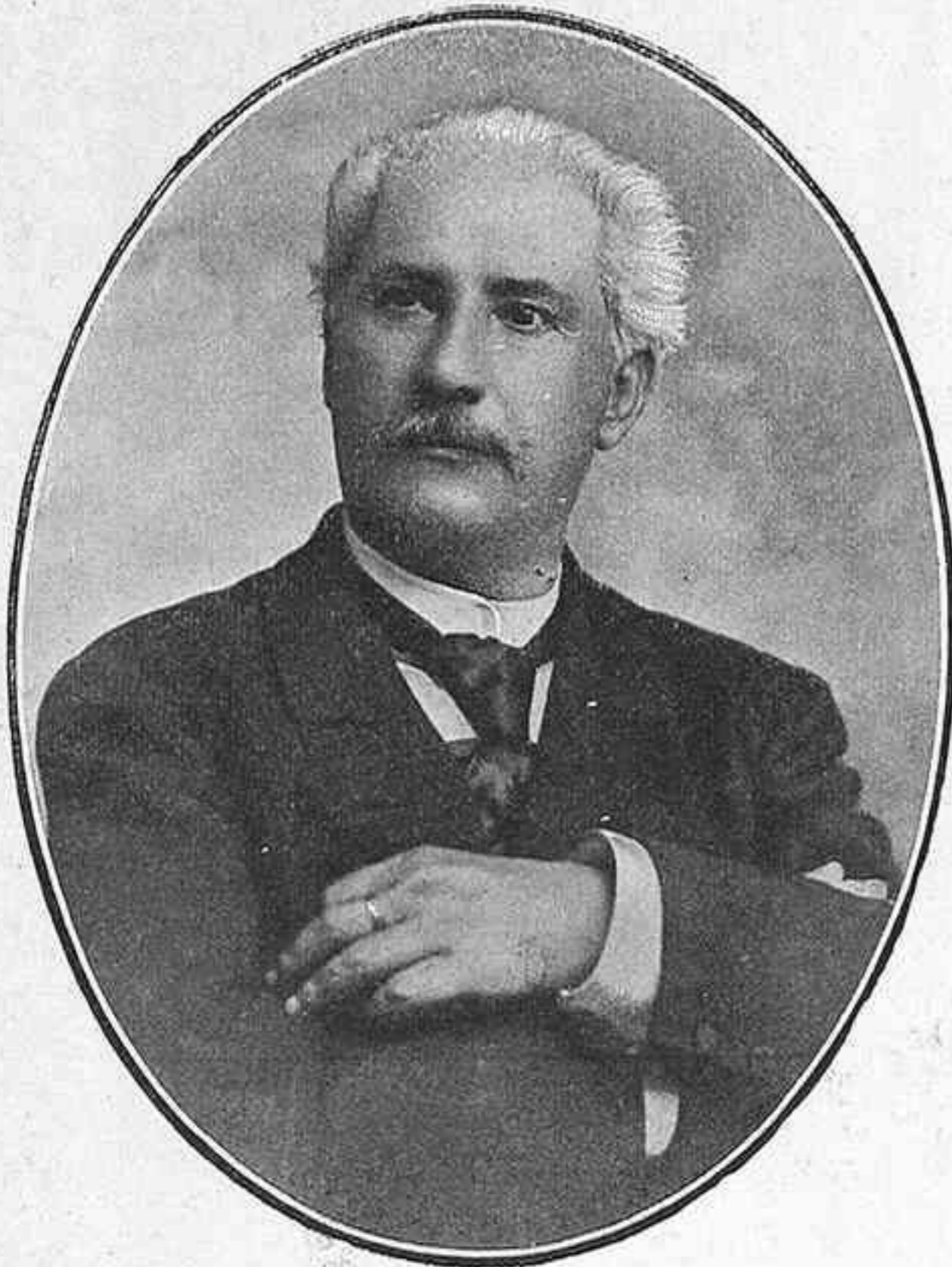
D. JOSÉ CAMPABADAL

Hace poco falleció en la capital de Costa Rica ese excelente músico catalán, cuyo nombre, poco menos que ignorado en su patria, logró en lejanas tierras respeto y admiración grandes.

D. José Campabadal y Calvet nació en Balaguer (provincia de Lérida) en 1849, y después de haber hecho sus primeros estudios musicales en Lérida bajo la dirección del organista de aquella catedral D. Magín Puntí, vino á Barcelona, en donde estudió armonía y composición con el maestro D. Antonio Rius.

En esta ciudad residió hasta 1876, dedicándose á la enseñanza y contando entre sus discípulos al notable organista don Eusebio Daniel, actual profesor de órgano y contrapunto en la Escuela Municipal de Música de nuestra capital.

En el citado año de 1876, una ventajosa contrata que le ofrecieron desde la capital de Costa Rica decidió al Sr. Campabadal á dejar su patria, y allí, en aquella República centroamericana, desplegó toda la actividad de artista y hombre emprendedor, consiguiendo en poco tiempo y con sus propios méritos, su afable trato y su bondadoso carácter, la estimación y el respeto de todo el mundo. Fué maestro de capilla y organista de la basílica de los Angeles y de la parroquia de Cartago y profesor en varios colegios, y además fundó una escuela de música, única en aquel país, á la que pu o el nombre de



D. JOSÉ CAMPABADAL Y CALVET, notable músico catalán fallecido hace poco en San José de Costa Rica. (De fotografía.)

«Sociedad de Euterpe» y de la que han salido notables artistas que son honra de Costa Rica.

Dotado de un alma generosa y de un espíritu franco y altruista, estableció clases gratuitas para jóvenes faltos de recursos, á quienes protegió con paternal solicitud, y logró que se diera enseñanza de la música en todas las escuelas de capital de provincia.

Escribió gran número de obras líricas y didácticas, entre las cuales figuran un Método de Solfeo y Canto, un Tratado de Armonía, un Método de Piano, una colección de cantos escolares, el A. B. C. musical para las escuelas primarias, multitud de misas solemnes á varias voces y á grande orquesta y otras muchas obras religiosas é innumerables piezas de música profana.

BELLAS ARTES. — SALON DE LA SOCIEDAD

DE ARTISTAS FRANCESES. PARÍS, 1906

(Véanse los grabados de las páginas 416 y 417.)

Los dos cuadros de Kowalsky y de Artigue están inspirados en una misma idea, la Juventud, esa edad de las ilusiones, de la alegría, en que los goces se saborean sin reserva y los dolores se mitigan al calor de la esperanza. La juventud, como fase de la vida humana, ya es bella por sí sola; pero su belleza sube de punto cuando se nos aparece entregada á sus naturales expansiones y rodeada de los encantos de la primavera, esa juventud de la naturaleza cuyos encantos cautivan los sentidos y producen en el alma las más dulces emociones.

Comprendiéndolo así, los dos pintores de cuyas obras nos ocupamos han unido en sus cuadros todos esos elementos, trazando dos composiciones que respiran frescura y bienestar y en las cuales el radiante espectáculo del despertar de los campos aumenta la impresión grata de esos grupos femeniles entregados á las danzas y á los juegos propios de su edad.

A un género muy distinto pertenece el cuadro *Los lobos*, del celebrado pintor Etcheverry. También en él vemos á la Juventud; mas ya no la hallamos libre y espontánea, rogocijándose entre árboles y flores, bajo un cielo límpido y en un ambiente puro y natural, sino aprisionada en los convencionalismos sociales, movida por artificiosos sentimientos, y respirando una atmósfera enrarecida por la hipocresía y el engaño. La protagonista de esta composición vese asediada por varios pretendientes; las palabras de éstos, apasionadas acaso, en vez de conmovérle la perturban, quizás la atormentan, porque ¿quién sabe si esos amorosos conceptos están dictados únicamente por la vanidad y el egoísmo? Su actitud, la expresión de su rostro demuestran á las claras su perplejidad; su corazón, no embotado todavía,

siente ansias de cariño. ¿Las verá satisfechas entregando su mano á aquellos que la solicitan? El problema es de solución difícil y el pintor se limita á plantearlo, dejando que cada cual lo resuelva según su propio criterio; pero bien nos da á entender con el título de su obra que no es aquel medio ambiente el más á propósito para llegar á la verdadera felicidad.

EL GRAN PREMIO DE PARIS

Ya es tradicional el interés que despierta en Francia el Gran Premio de París, de 250.000 francos, que se concede al vencedor de las carreras de caballos de Longchamps.

Este año, como todos los anteriores, acudió al hipódromo un público numerosísimo, y como siempre ofrecían las tribunas un espectáculo deslumbrador, que no es necesario describir porque ya es sabido que en tal fiesta se juntan allí todas las reinas de la moda luciendo las más elegantes, ricas y originales *toilettes*.

La victoria ha sido para un caballo inglés *Spearmint*, del mayor Loder, vencedor también del Derby de Epsom, que es en Inglaterra lo mismo que el Gran Premio de Longchamps para los franceses. Veinte años hacía que el Gran Premio lo ganaba un caballo francés y bien puede decirse que el amor propio nacional entraba por mucho en esas famosas carreras. Esto no obstante, el triunfo de *Spearmint* fué acogido con grandes aplausos y estrepitosas aclamaciones, acaso debidas en gran parte á esa corriente de fraternidad y simpatía que entre Francia y la Gran Bretaña ha creado la *entente cordiale*.

Para que nuestros lectores se hagan cargo de la importancia que este año ha tenido la célebre fiesta hípica, bastará decir que se recaudaron por entradas 334.047 francos y que se cruzaron apuestas por 5.157.725 francos, dos millones más que el año pasado.



PARÍS. — El caballo inglés SPEARMINT, ganador del gran premio de Longchamps (De fotografía de M. Rol y C.ª)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — PARÍS. — En la Galería Petit se ha celebrado una exposición de obras del eminente pintor valenciano Joaquín Sorolla. He aquí lo que acerca de ella ha dicho el importante periódico parisiense *Le Figaro*: «Al fin el público de París podrá juzgar la obra de uno de los más grandes pintores de nuestro tiempo. Ayer se inauguró en las galerías de la calle de Seze una exposición admirable de los cuadros de Sorolla y Bastida. Ya en los salones anuales habían llamado la atención sus lienzos, todos potentes; pero el conjunto de sus telas, ofrecido actualmente en el establecimiento de Jorge Petit, es á propósito para presentárnoslo en todo el esplendor de su talento y de su arte. El catálogo no cuenta menos de cuatrocientos números y muchos de éstos son obras maestras. Los artistas que han visitado ya la exposición, Bonnat el primero, han expresado á su colega español toda la admiración que en ellos ha producido la vista de tan magnífico esfuerzo. Delante de esas telas de prestigioso esplendor, el encanto es completo.»

Análogos juicios han emitido los demás periódicos de la capital de Francia. Felicitamos de todas veras al artista por ese nuevo triunfo.

Federico Sturm, pintor paisista y marinista alemán. Miguel de Zichy, pintor húngaro, ex pintor de la corte de Rusia.

Samuel Pierpont Langley, astrónomo y físico norteamericano, director del Observatorio de Allegheny.

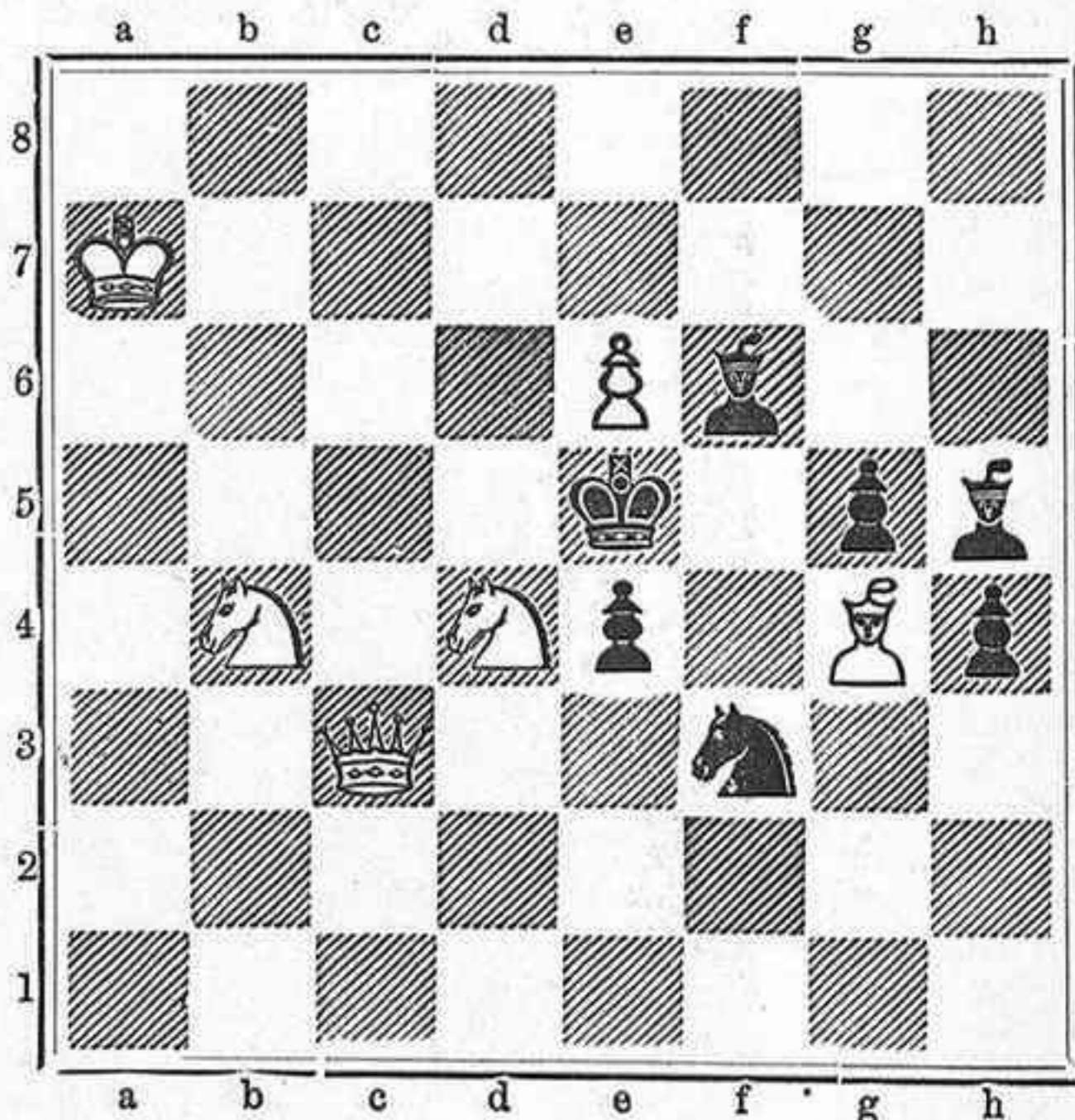
Carlos, barón de Ehrlanger, ilustre africanista, célebre por sus viajes de exploración á Abisinia y á Somalilandia, miembro de honor de multitud de sociedades geográficas.

Nils Ryberg Finsen, profesor dinamarqués, inventor de la fototerapia, uno de los agraciados con el premio Noebel.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 429, POR V. MARÍN.

NEGRAS (7 PIEZAS)



BLANCAS (6 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 428, POR V. MARÍN.

- | | |
|------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Dd2-d6 | 1. f5-f4 |
| 2. Ag1-d4 | 2. Cualquiera. |
| 3. D mate. | |

VARIANTES

- 1..... Re4-f4; 2. Dd6-d5, etc.
b7-b6; 2. Dd6-c6 jaque, etc.
c4-c3; 2. Dd6-d3 jaque, etc.



Medalla conmemorativa de la coronación de los soberanos de Noruega, ceremonia que se ha celebrado en Trondhjem el día 22 de los corrientes. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Necrología.

—Han fallecido: Roberto Henze, escultor alemán. Sir Wike Bayliss, pintor inglés, presidente de la Sociedad de Artistas ingleses. El cardenal José Calligari, obispo de Padua. El cardenal José Guillermo Labouré, arzobispo de Rennes. Dr. Ricardo Garnett, bibliotecario del *British Museum* de Londres, poeta, colaborador de la *Encyclopædia Britannica* y del *Dictionary of National Biography*.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B^o Italiens, París.

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Arabela encarnaba la dicha futura de aquel hijo ausente; la condesa la amaba por eso y porque veía en ella una especie de potencia caritativa que había llegado á tiempo para cambiar la faz de los acontecimientos y convertir en luz toda aquella sombra.

Estaba escrito que aquella muchacha sería acogida en todas partes como mensajera de felices pensamientos.

Tales eran las metamorfosis que había observado Jacobo la segunda vez que volvió de su viaje. Desde entonces, siempre encontró la misma serenidad y la misma confianza establecida entre las dos casas.

Aquella tarde, su padre y el marqués conversaban apaciblemente, apoyados de codos en la balastrada del terrado, mientras la marquesa, la condesa y la de Reteuil permanecían de sobremesa. Jacobo con su amiga Bella, cada día más amada, y al parecer, más amante, cantaba la alegría de las reuniones íntimas después de las largas y lejanas ausencias.

Estaba el vizconde, alto y grueso, en la gloria de los veinte años; era ancho de hombros, como el conde Juan ó como el guarda Garnache, y tenía, como ellos también, grandes bigotes rojizos.

El contacto de los diversos pueblos le había dado maneras rudas; la costumbre de vivir solo y de no contar más que consigo mismo daban á sus ademanes cierta decisión y cierta seguridad á su mirada. Había sufrido sin notarlo una serie de transformaciones; el joven indeciso había convertido en hombre práctico, y al frecuentar hombres libres había perdido cierta tiesura aristocrática.

Tal como era, no carecía de severa belleza. Había traído de sus viajes esa aparente serenidad de los hombres que han visto demasiadas cosas para asombrarse de ninguna; pero seguía, sin embargo, exaltado de cerebro y de corazón.

Cada vez que volvía mirábase Carmesy con cierta inquietud, preguntándose, sin duda, lo que pesaría aquel corpanchón en la balanza de los destinos comunes...

Después se tranquilizaba pensando que aquel hijo no sería más listo que su padre, y que, en caso de violencia, tenía él aliados de buena talla. Al pensar esto sonreía.

Mientras tanto, Jacobo y Arabela, reunidos en un ángulo del terrado, hablaban lentamente, viendo caer en el bosque la ceniza morada del primer crepúsculo.

Bella, curiosa y sintiendo un placer con la turbación del joven, le decía:

—Vamos á ver, ¿cuáles son más guapas, según usted, las americanas ó las australianas? Cuénteme usted sus coqueteos... Yo puedo oírlo todo, pues no he aprendido á leer en los colegios de Francia. ¿Cuáles prefiere usted?

Jacobo se defendía, pero con cierta cortedad, como si no tuviera la conciencia muy limpia, y aseguraba que no sabía nada de eso y que, teniendo llenos los ojos con la imagen de Arabela, no había en ellos sitio para otras, aunque fueran fugitivas y efímeras.

Arabela movía la cabeza riéndose y sin querer creerlo, y él, ante la mirada de aquella muchacha atrevida, se cortaba y se balanceaba sobre los dos pies. Había afrontado peligros y desafiado intrépidamente á los hombres; y ante aquella debilidad insolente, á la que hubiera podido retorcer con dos dedos, abdicaba su voluntad, su independencia y su orgullo de hombre.

Arabela estaba alta, elegante, undulante, envolvente, felina y formidable; y cumplía lo que había prometido, pues de aquella extraña niña había salido una mujer alarmante.

Aparentaba amar á Jacobo de Valroy, y eran oficialmente novios. Todo el mundo lo sabía en diez leguas á la redonda. Pero había veces que acechaba al vizconde con ojos nada bondadosos, como una pantera á su presa.

Jacobo era todavía demasiado rústico para poner en claro aquellos matices; no comprendía el juego misterioso de una mirada de mujer, y como él la adoraba, se creía muy amado.

Mientras aquella adorable muchacha arrollaba entre sus dedos, como un cigarrillo, el alma de ese robusto y cándido mozo, unos pasos más allá su padre,

el genial marqués, escamoteaba la voluntad del conde Juan para sustituirla con la suya. Era aquel un trabajo bien hecho. El noble señor decía:

—Valroy, es un negocio soberbio, ¿me entiende usted? La *Modern Ahorro* hará ruido en el mundo. *Modern*, sin o, en inglés, lo que seduce á las multitudes... Sí, así es, y conviene usar todos los medios. Todo sigue lo mismo desde que, en 1784, el duque de Orleans puso de moda la angloomanía, los *jockeys* y las carreras de caballos... El *Modern Ahorro*, con capital social de cinco millones y la cuarta parte realizada... La renta vitalicia accesible para todo el mundo... ¡Calcule usted! Es una combinación asombrosa, querido... Diez por ciento de dividendo en el primer año y quince en el segundo. ¿Qué dice usted? ¡Es increíble! Los que no tienen costumbre de hacer negocios y los espíritus malévolos dirán—parece que los estoy oyendo—que una cosa así no puede ser honrada... Déjelos usted decir. Ya conoce usted el Consejo de administración... Por algo es usted presidente, hombre de suerte... ¡Ah! Es un buen empleo de fondos para su mujer de usted y para la señora de Reteuil sobre todo..., sus trescientos mil francos se multiplicarán... Debía usted aconsejarle que nos llevase el resto de sus fondos líquidos... No puede encontrar cosa mejor; usted lo sabe, que ha estudiado las cifras y me ha dicho...

—Sí, sí, decía Juan, pero con acento poco convencido.

Todo aquello le aburría mortalmente. El marqués, en efecto, le había presentado hacía tiempo un gran legajo lleno de números con totales locos; y él juró que se había enterado... ¡Ay! Si lo hubiera intentado, no hubiera comprendido ni jota, y convencido de ello, no se había tomado tal trabajo, había declarado que todo estaba muy bien y aceptado una presidencia en la que no sospechaba que hubiese peligros... Como de costumbre, había dejado correr las cosas.

El marqués continuó:

—Sé que no tiene usted más que decir una palabra para que la de Reteuil tenga un placer en escucharle. Amigo mío, es un medio de salir de apuros el que le propongo á usted... Es usted presidente del Consejo de administración... Se le dan por este concepto sesenta mil francos al año; sus capitales y los de su suegra, que es lo mismo, le producirán cuarenta ó cincuenta mil... ¿Eh?.. La cosa sube pronto. Con eso se pueden pagar los intereses atrasados de las hipotecas, por grandes que sean, y aun redimir la prenda en poco tiempo... Piénselo usted.

—Ya lo pienso, respondió Juan ahogando un bostezo con la mano medio cerrada; pero los negocios me fastidian, ya lo sabe usted, Carmesy; puesto que usted se ha encargado de los míos, ¿por qué diablos quiere meterme en nuevos cuidados?

—¿Por qué?, dijo Godofredo desempeñando su papel habitual; ¿por qué? Porque quiero que mi hija sea rica cuando se case con Jacobo; porque deseo que nuestras casas sean grandes; porque—y perdone usted esta flaqueza á mi amistad—considero un poco su fortuna como mía y quiero emplear todas mis fuerzas y toda mi inteligencia, no sólo en conservarla, sino en aumentarla, engrandecerla y duplicarla...

—¡Amigo querido!, exclamó el conde dando la mano al marqués, que la estrechó sin reparo.

¡Carmesy! De su entrada en Valroy databa la ruina definitiva del conde. La maniobra, de una sencillez grande en su audacia, había sido magistralmente conducida y ejecutada. El conde estaba en aquella época entre las manos de diez ó doce acreedores cansados de esperar.

Debía á los unos los intereses capitalizados hacía años de primeras y segundas hipotecas, y á los otros sumas de dinero prestadas sencillamente bajo su firma..., ¡pero á qué precio!..

Había recurrido á usureros, proveedores ordinarios de la nobleza desmantelada; y estaba próximo el momento en que todos los acreedores reunidos iban á exigir la liquidación y la venta de castillos, granjas, bosques y tierras y á arrojar de allí al conde despojado.

Carmesy le dijo:

—¿Qué necesita usted? Ganar tiempo. Mi adorable

amiga, la de Reteuil, tiene sesenta y cinco años y por desgracia, una salud delicada; su estado cardíaco nos preocupa mucho. Vendrá un día en que la heredará usted por parte de su mujer, también, desgraciadamente, poco fuerte, y entonces podrá usted remediar el pasado. ¿Pero hasta entonces? Hasta entonces conozco un grupo de hombres de negocios que le estiman y saben lo que valen usted moralmente y sus haciendas financieramente; esos capitalistas se proponen comprar sus créditos y no exigen siquiera los intereses pasados, presentes y futuros, que se capitalizarán, sencillamente. Vendrán tiempos en que podrá usted pagar de una sola vez y quedar libre. Si esto conviene á usted, déme una lista completa de acreedores y déjeme hacer.

Valroy vacilaba todavía, sintiendo cierto escrúpulo.

—¿Quiénes son esos capitalistas?

—Ya lo sabrá usted; por el momento, debo callar sus nombres; por otra parte, en la transmisión de las hipotecas podrá usted verlo si quiere; espere quince días. ¿Qué arriesga usted? Sus acreedores están resueltos á estrangularle mañana. Los que yo propongo—aun admitiendo que me engañe sobre sus sentimientos—no pueden hacerlo peor... Y gana usted tiempo.

—Es verdad, dijo el conde.

Y dió la lista.

Cuando Godofredo la tuvo en el bolsillo, dijo aún:

—¿Tiene su mujer de usted algunos bienes?

—Su dote; doscientos mil francos... Pero nuestras relaciones me prohíben...

—¡Bah! Todo se arregla, exclamó el marqués dando media vuelta.

Vuelto á su casa, dijo á Adelaida:

—Es preciso absolutamente reconciliar á Valroy con su mujer... Hace falta para nuestras operaciones.

En seguida, con su paso ligero, se fué á la granja de los hermanos Grivoize y de Piscop. En aquella época fué cuando se le vió con frecuencia en conciliábulo con ellos en algún rincón del bosque; la decoración era á propósito.

Cuando el conde supo que aquella sórdida familia era la que compraba sus créditos, se quedó sorprendido y descontento.

—¡Gente del país!.. ¿Y cómo pueden?.. ¿Tan ricos son esos miserables?

—Esté usted tranquilo; no se sabrá nada... Ellos son los primeros que no quieren que se sepa... Ocultan sus riquezas, y la prueba es que usted no las conocía. Son efectivas é inmensas. Hace cuatro generaciones que están acumulando, amontonando, enterrando, sin permitirse siquiera tocar su oro con la punta del dedo, por miedo de desgastar las monedas. Esos harapientos son consecuentes en sus ideas. Pero han conservado el respeto de sus padres á la nobleza y á sus señores. Lo que hacen por usted no lo harían por otro cualquiera; Valroy y Reteuil representan para ellos recuerdos hereditarios y son nombres sagrados. Tienen todavía almas de siervos, y la prueba es que me veneran, á mí, que no tengo más que mis títulos...

Valroy escuchaba y acogía todas estas frases, expresamente llenas de incoherencia, con el mismo gesto cansado; Carmesy le aturdira.

El pobre conde, envejecido y agotado por quince años de vida airada, aspiraba al reposo y al silencio. Todo lo encontraba bueno con tal de que le dejasen en paz aquel mismo día.

—Sí, amigo mío, me parece bien. Desde el momento en que usted lo cree así, está convenido.

Tales eran sus respuestas habituales. No había sido nunca de un carácter muy autoritario, y la conciencia de los errores cometidos en los últimos años acababa de deprimirle.

Presa fácil para las ambiciones que le rodeaban, aquel loco dormía tranquilo en la seguridad de que llegada á su término la hipoteca general en que se había convertido toda su deuda, sería renovada sin más que añadir los intereses atrasados.

Y mientras tanto, acechando la tierra y las veletas del castillo y contando los días, el enemigo oculto velaba y preparaba su triunfo.

Si el marqués insistía para que la de Reteuil entre-

gase sus últimos fondos á aquella quimera fantasmagórica bautizada por él de *Modern Ahorro*, era porque quería que Reteuil, después de Valroy, fuese tomado por asalto con una compañía de alguaciles por vanguardia.

Era preciso que la anciana no estuviese en posesión de un dinero líquido que le permitiese intervenir en la ruina de su yerno, socorrerle y acaso salvarle. Inmovilizados y perdidos aquellos quinientos mil francos que representaban próximamente la suma de sus valores negociables, la castellana estaba también desarmada y reducida á préstamos sobre sus tierras, como aquel á quien quería ayudar.

Los cálculos habían sido escrupulosamente hechos, las mallas se apretaban y el conde tenía aún delante de él unos doce meses de estúpida seguridad.

La hipoteca terminaba á los cinco años y habían pasado cuatro. Tenía promesas de renovación y hasta palabras de honor, pero eran las de los Grivoize y los Piscop, á las cuales, para mayor garantía, se había añadido la de Carmesy. ¿Qué arriesgaba con todo esto?

Pobre castellano desposeído, que seguía soñando con un porvenir dichoso, cuando todo crujía ya bajo sus pasos de sonámbulo.

Juan dijo al marqués:

—Aceptemos esa colocación, si usted cree que la operación es buena... Consiento en principio, pero hable usted mismo á mi suegra y decídala; en usted tiene más confianza que en mí...

Después de decir esto, el marqués y el conde volvieron á reunirse con las señoras en el gran comedor, que estaba al mismo nivel que el terrado.

Jacobo y Arabela, entonces, dejando también su conferencia, se les reunieron silenciosamente.

Caía la noche, ya obscura, y borraba los horizontes próximos...

En torno de las lámparas, á las que iban á quemar sus alas las mariposillas reanimadas por la noche, se estableció una conversación llena de confianza é intimidad...

Jacobo se levantó lentamente, se acercó á la pared y descolgó una trompa de caza; después, avanzando en la sombra, con los carrillos inflados y el cuerpo echado hacia atrás, lanzó al espacio, con sus pulmones vigorosos, una ruidosa llamada que saludó á la luna.

Ahora tocaba mejor que su padre, cuya fuerza estaba cansada.

La tocata subió por bosques y colinas, y se extendió, llenando con sus ecos las aldeas para advertirles que allá, en las alturas, los castellanos manifestaban, como en los antiguos tiempos, su presencia molesta y su orgullo de vivir.

Aquel toque de trompa tuvo dos resultados diversos: por una parte despertó el odio y por otra el amor.

En la granja de los Grivoize, alrededor de la larga mesa de un comedor bajo y ahumado, amos y criados acababan de cenar. Eran unos treinta, entre hombres y mujeres, aplastados en sus asientos por el cansancio de un largo día de trabajo: rudas caras de viejos, de mujeres mal alimentadas, de jóvenes de ojos duros; fauces de lobo, hocicos de zorro, cabezas acarneadas y perfiles de aves de rapiña; mezcla de humanidad y animalidad en unos cerebros astutos ó obtusos por las ambiciones, los rencores y la escala de pasiones naturales, cuya primera nota es el instinto del robo y la última el del homicidio.

También había niños, pero sucios, sin gracia, rabiosos y desmedrados, que se zurraban por los rincones.

Circuló por la mesa el aguardiente y las caras se inflamaron. Los dos hermanos Grivoize, que se parecían hasta confundirse, bebían metódicamente y á ttuguitos, saboreando el alcohol y reteniendo el sorbo.

Piscop vaciaba su vaso de un trago.

Sus hijos y sus sobrinos le imitaban, porque era el grande hombre de la familia, el más robusto, el más imperioso y el que siempre tenía razón.

Sus hijos eran Gervasio y Anselmo; sus sobrinos, Timoteo, Antonio é Hilario; los dos primeros hijos de Grivoize el mayor, y el tercero hijo de Grivoize el menor.

Todos aquellos mozos variaban entre quince y veinte años y eran ya temibles. Pero los Piscop, Gervasio y Anselmo, aventajaban á sus primos en estatura y en educación.

Estos dos eran señoritos, á pesar de su origen, y tenían el uno y el otro un certificado de estudios en el cajón.

Con todo su saber y sus trajes de paño, los dos Piscop vigilaban ásperamente sus tierras y se les veía, á caballo, con el sombrero sobre los ojos y látigo en mano, símbolo ya excesivo, pasar y repasar por los campos en que trabajaban los jornaleros en tiempo de la recolección.

Si un brazo flaqueaba, si la fatiga suspendía el trabajo de alguno, sus voces resonaban furiosas para amonestar á los trabajadores con chasquidos de látigo.

—¡Canalla! ¡Holgazán!.. ¿Te pagan para no hacer nada?.. ¡Espera un poco!..

El obrero, entonces, volvía á su labor sin decir nada y sudaba al sol, como el siervo de la gleba en los tiempos feudales.

Y sin embargo, los Piscop y los Grivoize eran republicanos á su modo.

Fuera de Reteuil y de Valroy, eran dueños de todo el término.

Si algún obrero les desagradaba por sus opiniones liberales ó por algún vago intento de fugitiva rebelión, le echaban con una palabra ó con un gesto.

Y aquel hombre, que tenía su cabaña en el país y dentro de ella su mujer y sus hijos, no encontraba ya empleo para mantener á su gente.

Si intentaba emplearse más lejos, Grivoize ó Piscop, al firmarle su cartilla, ponían en ella sin decir nada un signo masónico y los Piscop y los Grivoize de las granjas lejanas, fuera del término, al ver aquella señal, rehusaban al obrero.

Éste, entonces, no tenía más que vender su pedazo de tierra, que Piscop ó Grivoize compraban en seguida, y expatriarse hacia las aventuras indefinidas.

De este modo eran marcados los trabajadores insu- misos, los enemigos de la Iglesia, los habladores sospechosos de socialismo y los poco ó demasiado republicanos, según su medida.

Porque los ricos labradores de aquel rincón de provincia detestaban á los nobles, pero también á los harapientos, y encontraban de buen tono invitar al cura los domingos.

Mezcla oscura y criminal de los más bajos instintos y de las más audaces ambiciones, aquellos campesinos enriquecidos hacían excusable con su insolencia el orgullo de los nobles, más accesibles al menos á la piedad de los seres y muchas veces exentos de aspereza en sus transacciones, cuando no demasiado blandos como el conde Juan.

La tocata lejana salida de Valroy fué á interrumpir bruscamente y á cubrir el ruido de aquellas voces groseras, que se callaron. Todos apercibieron el oído con las cejas fruncidas.

—Escuchad, dijo Piscop con horrible sonrisa, escuchad, los niños se divierten.

Grivoize el viejo movió su cabeza gris y dijo, haciendo á su vez un gesto:

—Dejadlos cantar... Hoy es la trompa; mañana recibirán la trompada...

—¡Bravo!, exclamó el hermano menor. Eso está bien dicho.

Piscop se dignó aprobar, lo que era raro, y aquella aprobación envalentonó al chistoso, que siguió diciendo, cada vez con más ingenio:

—Es la trompeta del juicio final.

Sonó una carcajada general. Aquel viejo zorro tenía buenos golpes y sus ocurrencias se celebraban en el pueblo.

Pero Gervasio, repentinamente encolerizado, dió en la mesa un formidable puñetazo y gritó con la cara roja:

—¡Ya le oís!.. Nos desafía delante de ella... Esto no puede durar; yo os lo digo...

—Hijo, advirtió Piscop con severidad, muy alto hablas.

El joven se inflamaba más y más.

—Hablo alto, padre, es verdad, pero es que me falta la paciencia. No creo además desagradar á usted maldiciendo al castillo... Esa gente hace demasiado ruido... y eso estaba bien en otro tiempo... pero ahora... Además, no están siquiera en su casa, sino en la nuestra... y si quisiéramos...

—Paciencia, dijo Grivoize el menor, todo llega á su tiempo; hay que esperar.

Se quedaron callados, pero Gervasio volvió á decir:

—¡Esperar!.. Y mientras tanto él le hace el amor; ya ha vuelto de su viaje, y el mismo Carmesy confiesa que no sabe cómo alejarle... Lo tratado es lo tratado, y es muy natural que todo esto me ponga ra bioso...

Piscop, que era débil con Gervasio porque le recordaba su juventud, le habló de nuevo con voz menos ruda:

—Puedes que tengas razón; pero piensa que cada día que pasa aumenta su deuda y los arruina un poco más... Luego, hay los plazos legales... Dentro de un año serás satisfecho.

—De modo que tengo que sufrir durante un año... ¿Sé yo lo que hacen allá arriba? No estoy seguro de ella... Me desprecia en sus adentros como os desprecia á todos... Después tendremos nuestro desquite..., si no se escapa con él...

—No, dijo Piscop; son míos. Además, si esa joven no te ama, tampoco le ama á él. No ama á nadie más

que á sí misma. Quiere ser rica. Tú tienes dinero porque eres mi hijo.

—Ya puedes correr detrás de ella, dijo Anselmo, el más celoso y envidioso de todos. Si la atrapas, estarás arreglado. A pesar de tus humos, te llevará con un látigo, amigo.

Gervasio miró á su hermano de reojo.

—Eso ya lo veremos; ya sé que deseas mi desgracia, porque querías mi puesto á pesar de tus diez y ocho años.

—Ya creceré, respondió Anselmo con tono tranquilo.

—Haya paz, hijos, exclamó Piscop, que no permitía las disputas.

La tocata se prolongaba, unas veces triunfante y otras triste, por los bosques taciturnos.

Gervasio rompió entre los dientes el tubo de su pipa de barro, escupió los pedazos en las losas y salió furioso. Los viejos se encogieron de hombros; Anselmo, Antonio, Timoteo é Hilario se rieron astutamente; la cólera de su hermano y primo les regocijaba el alma. En aquella feroz familia no había más que sentimientos.

Piscop dijo, en medio de la atención aprobatoria de la asistencia:

—Está loco; la australiana se ha apoderado de él. Y sin embargo, no es digno de lástima, porque la muchacha será suya, y con ella, serán suyos la tierra y los pergaminos, lo que es un lindo sueño para el nieto de mi padre. Hemos trabajado para él...

Las mujeres quitaban la mesa en silencio y los chicos se dormían en los bancos.

Por las diversas frases cambiadas en aquella mesa de campesinos, que seguían grasientos á pesar de ser ricos, se deducía de nuevo en todo su esplendor el plan de Carmesy.

Siguiendo su consejo, habían comprado los créditos de Valroy, reunido en sus manos todas las hipotecas y dejado correr los intereses; al cabo de cinco años no tenían más que reclamar su dinero ó el embargo del objeto empeñado, es decir, del castillo y de sus dependencias. Estrangulado de una sola vez, el conde estaba perdido.

Mientras tanto, el marqués se estaba ingeniando por despojar todavía á su buena amiga la de Reteuil, pues los Carmesy, Grivoize y Compañía tenían el apetito bastante abierto para comerse dos propiedades.

¿Pero cuál debía ser la parte del instigador, del director de escena, del inventor, en una palabra, de la combinación?

Nada ó casi nada: en primer lugar, el dominio de Valroy para su hija, que iba á casarse con Gervasio Piscop.

A los ojos de Godofredo, en punto á casamiento desigual, un Piscop valía tanto como un Valroy, y un Piscop rico valía más que un Valroy pobre. Transmitiría á Gervasio legalmente su título y sus armas; Gervasio Piscop se convertiría, gracias á él, en marqués Piscop de Carmesy-Ollencourt; la descendencia olvidaría á Piscop y se restablecería la raza.

Ese título y esa nobleza antigua debían pagarse muy caras, y aquellos paletos republicanos, que así lo reconocían, no habían regateado. Carmesy viviría en Valroy con su hija, y además de su parte líquida considerable, se reconocía á Arabela una importante dote. Adelaida había exigido regalos que valían una pequeña fortuna.

Todo estaba convenido y arreglado entre las dos familias; lo que no impedía que los nobles herederos de los cruzados de Antioquia y de los reyes de Irlanda continuasen sus papeles de amor y de amistad con las víctimas designadas, que no podían comprender ni defenderse.

Arabela se obstinaba en representar su personaje de enamorada llena de caprichos; Adelaida, siempre franca y leal, conservaba sus ojos claros é ignorantes de malos pensamientos.

El secreto estaba bien guardado y la conspiración seguía circunscrita á la granja y la villa rústica, entre las cuales eran muy raras las relaciones, para no dar pretexto á la más ligera sospecha.

Gervasio, pues, tenía derecho á considerarse el *prometido* de Bella, y soñaba con ello día y noche, pero no debía buscarla, y si la encontraba, debía pasar de largo después de un saludo tieso.

Pero aquella noche, mientras la trompa de Jacobo llenaba de graves armonías ó de cantos de victoria el silencio y la paz de las llanuras dormidas, aquel paleta tan poco desbastado, aquel mocetón rudo y feroz, loco de amor por la joven de los ojos verdes, apretaba los puños con la cara vuelta hacia el castillo que iba á ser suyo y en el cual el enemigo de su raza, convertido en su enemigo personal, envolvía en ternura inefable á la futura esposa del hijo de los harapientos.

A la misma hora, en el pabellón del guarda, la escena era diferente. La casita estaba lo mismo que en los tiempos, ya lejanos, en que el conde de Valroy llevó a ella con gran ceremonia al heredero de su raza para ponerle en los brazos abiertos de la fiel nodriza Berta Garnache, joven en aquellos tiempos de una gran belleza.

Pero sólo la casa no había cambiado. Regino, más seco y más curtido que nunca, tenía ya las sienas muy canosas. Berta no era más que una masa movable, que no recordaba nada el pasado. Sofía estaba todavía más fea que en otro tiempo; y José era un hombre tranquilo, silencioso, resignado y muy dulce.

Un día le dijo su padre:

—Y bien, muchacho, ¿has conservado tu amor al bosque? ¿Quieres ser guarda como tu padre, tu abuelo y todos los Garnache conocidos en lo que alcanza la memoria?

José dijo que no tres veces con la cabeza.

—No, padre; podrá ser bueno estar al servicio del conde Juan, pero el vizconde Jacobo será un mal amo. He renunciado a tal idea.

—¿Qué vas a hacer entonces?

—No lo sé... Quisiera estar aquí, con los que quiero; pero no veo en qué voy a trabajar. Si tuviera un pedazo de tierra, la cultivaría sin buscar cosa mejor... Pero usted está demasiado ocupado en proteger la tierra de los demás para haber pensado en tener una.

—Verdad, dijo Garnache; no tenemos nada más que un poco de dinero, que es de tu madre.

—Entonces, respondió José, me iré a la ciudad para aprender un oficio.

—Hará bien, dijo Berta; no tiene nada que hacer aquí.

—Hará mal, replicó Sofía; cada cual debe vivir y morir donde ha nacido. Y además, nos quedaremos sin hijo.

Esta vez, Berta no respondió.

A un kilómetro del pabellón había una cabaña de techo de paja y rodeada de jardines, cuyas flores eran cultivadas por un buen hombre, el tío Balvet. Había sido en su juventud jardinero de los castillos, y ahora, en su casita, llamada el *Vivero*, era horticultor y seguía plantando esquejes y casando plantas.

Tenía un hijo casado en la ciudad, que iba a verle de vez en cuando con su mujer y su hija Clara, y cuando esa familia pasaba en su carricoche por delante de los Garnache, cambiaban un saludo.

Cuando Clara tenía quince años, perdió en un mes a sus padres, que murieron de la misma enfermedad. Y entonces el abuelo Balvet fué a buscar a su nieta y se la trajo al *Vivero*, triste, con los ojos enrojecidos y vestida de luto.

Clara vivió allí dichosa, y poco a poco sintió endulzarse su pena, ya que no se consolase. Por aquellos días iba a cumplir José diez y ocho años.

Era Clara poco bonita de cara y más bien melancólica de aspecto; sus duelos repetidos aumentaban aún su melancolía. Su cutis pálido y sus facciones irregulares no atraían las miradas; pero tenía unos ojos de tal dulzura y de tal expresión de caridad, que solamente con mirarlos había que ser bueno. Eran ojos de santa; y Juan se enamoró de aquellos ojos.

Hay que añadir que la joven era seductora de cuerpo, alta y noblemente formada. El trato diario entre aquel vecino y aquella vecina tomó un encanto suave.

El pabellón y el *Vivero* eran los dos únicos techos visibles en un trayecto de un kilómetro; el bosque los rodeaba y los enterraba en su verdor. Desde los jardines del horticultor se veía levantarse como una barrera en el horizonte la espesura de los grandes árboles, encinas y olmos de grises troncos, y detrás de ellos, como un resplandor rojizo, los pinos de delgados troncos, semejantes a cañones de órgano.

Los conejos del bosque hacían incursiones en los cuadros de flores del viejo, que se desesperaba. Pero no ponía lazos por respeto a la vida.

Alrededor no había más que la agreste profundidad en la que el hombre no es más que un pasajero. En la carretera no se veía ninguna taberna, ninguna rama colgando sobre una puerta abierta para detener al viajero, que pasaba por delante de aquellas dos viviendas sin verlas siquiera.

Reducidos así a ellos mismos y sin distracción alguna, los jóvenes, taciturnos por naturaleza, meditabundos y sin gran ocupación, pasaban los largos días en silenciosas entrevistas al azar de sus encuentros, al lado del pozo ó al borde del camino, ó pensaban silenciosamente el uno en el otro con la misma dulzura de sentimientos.

Eran tan sencillos, que no se reparaba en ellos y a nadie se le ocurría sonreír al ver aquel mocetón eternamente parado delante de aquella muchacha.

Ahora bien, cuando se trató de que José dejase el país para ir a buscar fortuna en otra parte, tuvo necesidad de advertirselo a su amiga.

Y lo hizo una mañana, con algún embarazo y buscando las palabras, pues temía disgustarla.

—Clara, le dijo, las contrariedades empiezan. Eramos camaradas y teníamos costumbre de vernos todos los días y a todas horas, lo que era para mí una gran alegría... Pero la vida es la vida y hay que saber ganar el pan. Estoy obligado a dejar la comarca, pues no sé qué hacer de mis dos brazos, teniendo, como tengo, veinte años.

La chica le dejó hablar sin interrumpirle y sin que pareciera alterarse su placidez habitual. Acaso, sin embargo, palideció bajo su cutis moreno.

Cuando José se calló, Clara bajó la cabeza y miró maquinalmente al suelo. Por fin hizo un esfuerzo; su dura garganta se levantó con un gran suspiro, y pudo hablar:

—He perdido mi padre y mi madre; era preciso que tú te fueses sin saber siquiera si vas a volver... Debe de ser que he venido al mundo para ser desgraciada, pues tú eres mi único amigo... ¿Cuándo te vas?

—Puede ser que a fin de este mes.

—Bien... De aquí a entonces, tratemos de vernos más a menudo.

Clara, razonable, se resignaba, encontrando justo, en efecto, que José trabajase; pero cuando le dejó aquel día, sus ojos inmensamente dulces estaban también inmensamente tristes.

La joven se volvió a su casita enterrada entre rosas; los vidrios de las estufas brillaban al sol hasta deslumbrar la vista; en los cuadros de flores, en los espaldares y en los arbustos la flora cantaba en mil colores en medio de los verdes y de los rojos morados; una bandada de pájaros se perseguía con ruido por las ramas; todo respiraba alegría.

Clara entró consternada. Su abuelo la miró y dijo en seguida:

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? No tienes tu cara ordinaria.

Clara respondió, sin pensar un instante en ocultar sus pensamientos:

—José se va...

El anciano no se asombró tampoco de aquella confesión ni de aquella pena que revelaba el amor.

—¿Por qué se va?, preguntó.

—Porque no encuentra aquí trabajo y ya tiene edad de ganarse la vida.

El viejo reflexionó y dijo después de un rato:

—¿Le quieres mucho?

Clara se ruborizó, y confiando en que aquel buen anciano la adoraba, se atrevió a decir:

—Le amo.

—¿Hace mucho tiempo?

—No lo sé; lo he descubierto hace un momento, cuando me ha dicho que se iba.

—¿Y él?

—Creo que también me ama...

—Bien..., bien... Es un buen muchacho... El padre es un hombre honrado; la madre un poco chiflada..., pero son buena gente... y tienen dinero ahorrado..., Garnache me lo ha dicho... La cosa se puede arreglar, y dentro de dos ó tres años... Sí, vamos a ver eso...

Se levantó de su asiento apoyándose en la mesa, y un poco encorvado, se fué hacia la puerta arrastrando los zuecos.

—¿Adónde va usted, padre?, dijo Clara asombrada.

—Tengo mi idea; déjame hacer... Espérame, hija mía; dentro de media hora estaré de vuelta.

El buen Balvet, arrastrando las piernas, se fué al pabellón.

Por una dichosa casualidad, Regino estaba allí en aquel momento, y el viejo dijo:

—Oiga usted lo que traigo; hablemos poco y bueno. Su hijo de usted busca un empleo; yo le tomo si quiere. Gustándole los árboles, le gustarán las flores, y mi hija por añadidura. ¿Eh, José?

José soltó una carcajada para ocultar su emoción. Pero Regino pedía explicaciones y Balvet las dió con prolija benevolencia.

—¿Qué tendrá que hacer?... Pues lo que yo; ¿cree usted que yo holgazaneo?... No vaya usted a figurarse que se trata de un oficio de perezosos. Se trabaja y se gana el dinero, mucho dinero. Tengo algún capital, pero soy viejo y estoy para retirarme. Cuando José sepa manejarse—hace falta un año—me reemplazará, bajo mi dirección todavía, porque hay ciertos secretos. Proveo de plantas raras y de arbustos de lujo a todos los castillos de los alrededores... y a fin de año esto produce un buen pico... Su hijo de usted ganará jornales de seis francos por mi cuenta, hasta que sea dueño de la casa y se case con la heredera, con el permiso de usted y el de Dios.

Garnache se convenció pronto, y José, por otra parte, aceptó sin pedirle su opinión. Berta, por ca-

sualidad, encontró buena la idea; Sofía se puso a palmotear.

Sacaron dos botellas de la bodega, mientras José iba a buscar a Clara. En el camino le contó las decisiones tomadas y ella sonrió. Sus ojos, libres ya de tristeza, se iluminaron de amor; y como estaban solos, en medio del camino desierto, ante los árboles y los pájaros, se besaron por primera vez.

Desde entonces trabajaba José desde la mañana hasta la noche en casa del tío Balvet, y no volvía al pabellón más que a la hora de cenar; y había veces que el viejo, después de cenar, venía, conducido por su nieta, a sentarse a la mesa del guarda, a charlar con él y con las mujeres, mientras que en un rincón, los dos amantes rústicos, siempre taciturnos hasta en la dicha, y sentados el uno al lado del otro, se cogían las dos manos y se miraban en silencio con ojos encantados y cándida sonrisa.

Así sucedía el día aquel en que el viento Oeste trajo de Valroy la brillante tocata que estallaba en el puro silencio de la noche. Todos levantaron la cabeza, pero Berta se irguió bruscamemente con las manos temblorosas.

Escuchó las primeras notas con la cara a la vez ansiosa e iluminada... y se le oyó exclamar de repente con voz de delirio:

—¡Es Jacobo, es Jacobo que toca!..

—Sí, dijo Regino, es Jacobo el que toca; su padre no es ya capaz de semejante resoplido; y sin embargo, en otro tiempo tocaba todavía más fuerte.

Berta exclamó sordamente:

—Jamás... Nadie ha tocado nunca como Jacobo; todo el mundo lo dice...

—Está bien, dijo Regino encogiéndose de hombros.

Y al ver que su mujer, inclinada en el umbral con el cuerpo casi fuera, permanecía en éxtasis bebiendo la tocata, que a todos se dirigía menos a ella, el guarda continuó:

—Es su chifladura... Sueña con él y todo lo que hace ó dice es maravilla y milagro. No hay más que él; ¿qué quiere usted?, le ha criado, y parece que se dan casos como este. Lo que no impide que el joven tenga sus defectillos...

Berta volvió a entrar; la trompa se había callado un instante en lo alto de la colina. Balvet tomó un polvo de rapé, le saboreó un momento y se puso a decir cosas graves.

—Parece que las cosas no van bien allá arriba.

—¿Dónde es allá arriba?, preguntó Berta con voz temblorosa, como siempre que se aludía a los castellanos.

—En Valroy, respondió tranquilamente el viejo. Se dice...

Se detuvo, dudando hablar, prudente como todos los aldeanos.

—¿Qué se dice?

Berta estaba en pie delante de él aplastándole con su masa y clavándole una mirada aguda é intensa.

—Se dice que el conde, en París, ha hecho una vida alegre sin calular, y que bien podría suceder que todo esto acabase feamente...

Berta se encogió de hombros con un perfecto desprecio de tales chismes. No sabían lo que se decían. Ella conocía la cifra de la fortuna y el valor de las tierras, granjas, bosques y hasta del castillo. El conde no había tenido jamás los dientes bastante largos para comérselo todo. Sus rentas bastaban para una vida de gran señor... Y por otra parte, hacía años que se había retirado de la vida parisiense. Todo aquello no eran más que dicharachos de los envidiosos.

—Dios le oiga a usted, contestó el horticultor. Yo no quiero mal a nadie y prefiero saber la felicidad de los demás que su aflicción.

Aquella fué la primera advertencia que recibió Berta; pero esta vez se negó rotundamente a creerlo. Las vagas y tímidas insinuaciones de un viejo crédulo no alteraron en nada su soberbia confianza en la inmutable fortuna de los opulentos Valroy.

Cuando el tío Balvet y Clara se retiraron, a eso de las diez, la tocata había vuelto a empezar y llenaba de nuevo el espacio. Con el único objeto de encantar a Arabela, a quien el sonido de las trompas enloquecía y embriagaba, como a un ser semisalvaje que era, Jacobo, sin orden y al azar de la inspiración, producía brutales armonías en aquel cobre recalentado.

Cuando entonó la tocata de San Huberto, le respondió una trompa lejana.

Y fué aquello tan melancólico, que la misma gente sencilla se quedó suspensa y conmovida. El abuelo y la nieta estaban dando la mano a José, que los había acompañado hasta la puerta de su casa.

—Es triste esa música, dijo José.

—Sí, respondió Clara, parece un adiós...

(Se continuará.)



SS. MM. EL REY D. ALFONSO XIII Y LA REINA VICTORIA EN EL REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO (LA GRANJA). — PROCESIÓN DEL CORPUS EN LOS JARDINES DE LA ALAMEDA. — EL REY PRESENCIANDO EL PASO DE LA PROCESIÓN. (De fotografía.)

SS. MM. EL REY D. ALFONSO XIII
Y LA REINA VICTORIA EN LA GRANJA

Apenas terminadas las fiestas con que se solemnizó su boda, los regios desposados se marcharon al Real sitio de San Ildefonso (La Granja), en donde se proponen pasar las primeras semanas de su luna de miel antes de emprender su excursión veraniega á San Sebastián.

No podían escoger nuestros jóvenes monarcas mejor sitio que aquel suntuoso palacio, rodeado de hermosos jardines, de frondosas arboledas y de espesos bosques. Lejos del bullicio de la corte, libres de las etiquetas palaciegas, escriben Alfonso XIII y la hermosa princesa que hoy comparte con él el trono de España, un nuevo capítulo del idilio de sus amores, idilio en todas cuyas estrofas palpitan los más bellos sentimientos.

Los días transcurren deliciosamente para los reyes: á pie, á caballo y en automóvil, realizan continuamente excursiones á los pintorescos alrededores, unas veces solos, otras acompañados de los demás individuos de la familia real que con frecuencia les visitan, y siempre gozando de las bellezas de aquellos paisajes, que tan bien han de armonizar con el estado de sus almas enamoradas.

En todas partes son acogidos, no sólo con respeto, sino además con simpatía, con esos homenajes de afecto que á los reyes deben serles mucho más gra-

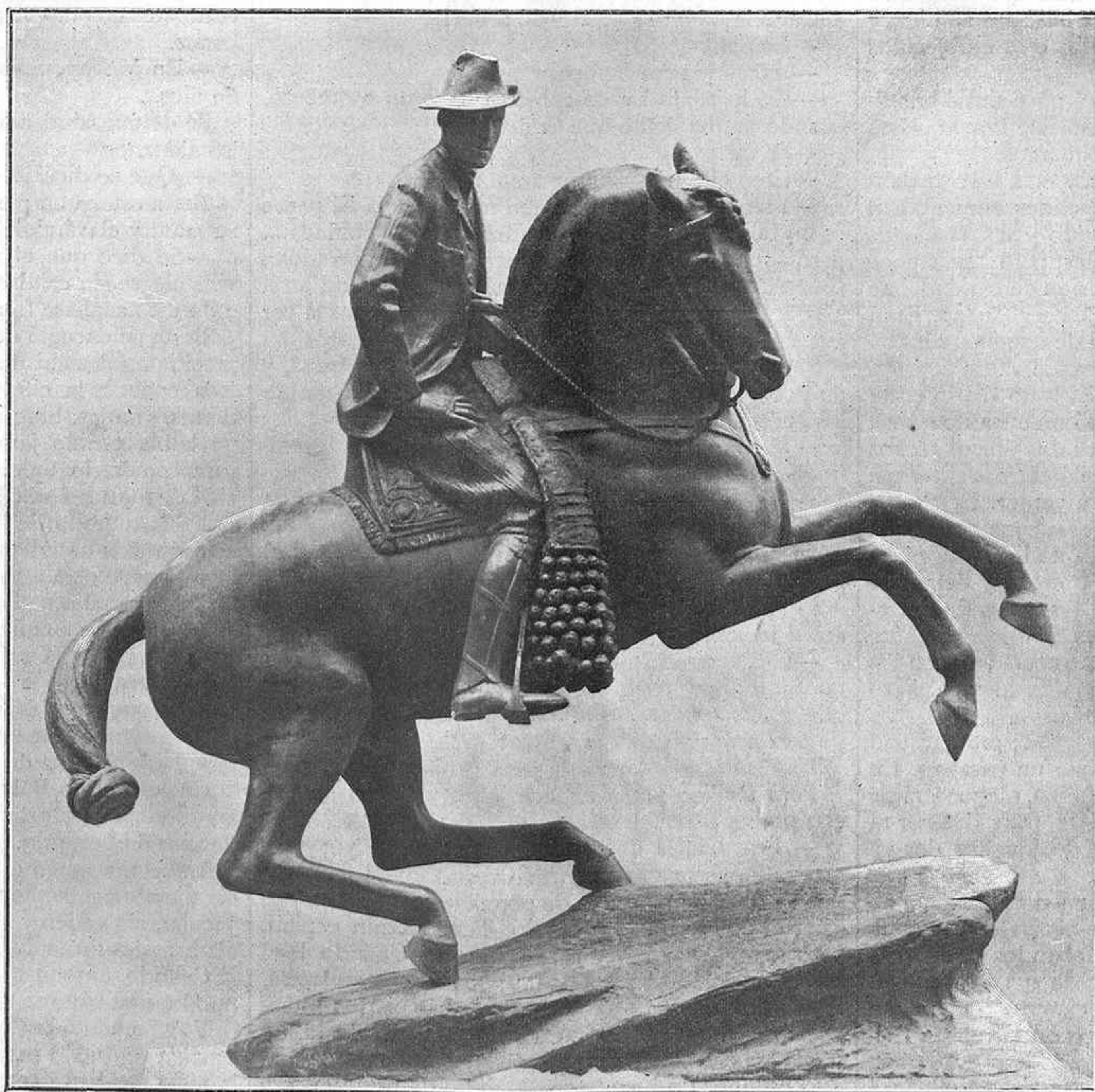
tos que las demostraciones de reverencia y consideración cortesanas. Y á esas pruebas de cariño de que

el pueblo les hace objeto, corresponden ellos con esa familiaridad que constituye el mejor atractivo de los reyes y el más fuerte lazo de unión entre ellos y sus súbditos.

La fotografía que en esta página reproducimos re-

de la colegiata hallábanse cubiertos de magníficos tapices antiguos. El rey asistió á la procesión, que pasó por delante del palacio, desde cuyos balcones la presenciaba la reina Victoria, y que se detuvo delante de dos altares portátiles, en donde el rey, arrodillado, oró breves momentos.

La ceremonia resultó solemne en medio de la sencillez propia de esas fiestas religioso-populares de las poblaciones rurales.—S.



ESTATUA ECUESTRE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII, escultura en bronce de G. Violet (Salón de la Sociedad de los Artistas franceses. París, 1906.)

ESTATUA ECUESTRE DE
S. M. EL REY D. ALFONSO XIII, OBRA DE
G. VIOLET.

En el Salón de París de la Sociedad de Artistas franceses llama actualmente la atención esa hermosa escultura del celebrado artista rosellonés G. Violet. De este escultor nos ocupamos detenidamente en el número 1.221 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con motivo de la exposición de algunas de sus obras que se celebró en el Salón Parés de esta ciudad; por esto nada diremos hoy acerca de sus talentos y de la importancia de su producción artística, y nos limitaremos á elogiarle una vez más por ese grupo escultórico que adjunto reproducimos.

La figura del joven monarca y la del brioso caballo están modeladas con un vigor y una naturalidad superiores á todo encomio; el jinete está realmente sentado en la silla y el animal realmente galopa, y el conjunto del grupo tiene el movimiento que á esta clase de obras corresponde.

presenta la procesión que el día de Corpus se celebró con gran pompa en La Granja. Los muros exteriores

Es, en suma, una escultura bajo todos conceptos notable, llena de vida y sobriamente ejecutada.—N.

Es, en suma, una escultura bajo todos conceptos notable, llena de vida y sobriamente ejecutada.—N.

D. ALBERTO CASARES,

NUEVO INTENDENTE DE BUENOS AIRES

Por segunda vez vuelve á la Intendencia de la gran capital argentina el distinguido caballero D. Alberto Casares, cuya anterior actuación tan beneficiosa fué á los intereses comunales.

La ciudad con júbilo ha visto ocupado de nuevo tan elevado puesto por persona de tan preclarísimas cualidades administrativas, y de probidad, labor é inteligencia bien probadas, cualidades muy á menudo recordadas durante su ausencia de quince meses. Su constante batallar en favor del bienestar, cultura, higiene y comodidad y contra ciertos monopolios que consideraba el Sr. Casares atentatorios al buen régimen municipal de Buenos Aires, no quedaron olvidados.

La prensa en general, así del país como la extranjera, servidora de los intereses de las diversas colonias aquí residentes, ha felicitado entusiastamente al Presidente de la República y al Ministro del Interior por el acertado nombramiento.

En el lapso transcurrido sin sentir la ciudad su benéfica dirección, mucho se ha hecho en contra de las ideas del nuevo Intendente y gran trabajo ha de costarle llevar las cosas al estado de volver á las provechosas campañas en pro del abaratamiento de la luz y fuerza motriz, municipalizándolas, ya que no quieren ceder las poderosas empresas de las fábricas eléctricas en rebajar sus elevadísimas tarifas, como asimismo en pro del abaratamiento del pan, de la carne, y hasta de los alquileres, hoy á precios poco menos que imposibles. Buenos Aires, pues, está de enhorabuena.

D. Alberto Casares, desciende de antigua y distinguida familia española, siendo nieto del respetable, estimado y muy recordado Sr. D. Vicente Casares, cónsul que fué de España en esta república, é hijo de D. Sebastián Casares, persona que también gozó de gran fama por sus envidiables prendas personales y de carácter muy activo, bondadoso y servicial, cualidades que parece haber transmitido íntegras al hijo, que por sus méritos ha llegado á puestos impor-

tantísimos en la administración pública, todos de gran relieve y responsabilidad.

Desde muy joven se distinguió el Sr. Casares por su laboriosidad y clara inteligencia, prestando sus primeros servicios á la provincia de Buenos Aires

portante ciudad de Arrecifes, cuyo vecindario guarda gratísimos recuerdos de su gobierno.

En el orden nacional formó parte, actuando como secretario, de la Comisión de Canalización del Riachuelo, portentosa obra que fué puerto preliminar y hoy es gran desahogo del actual conocido por puerto Madero, cargo en el que demostró sus cualidades de organizador, allá por el año 1882.

En 1886 fué director del Banco de la Provincia, y un año después el Directorio le designó para que llevase á cabo una detenida inspección á todas las sucursales, misión en cuyo desempeño dió inequívocas pruebas de rectitud y saber corrigiendo deficiencias y hábitos que afectaban el buen nombre de la entonces poderosísima institución bancaria. Después fué el Director Gerente de la casa matriz, y en mayo de 1890 ocupó la presidencia del Banco.

Dos años más tarde fué nombrado por el Gobierno Nacional Director de la *Caja de Conversión*, y luego pasó al Consejo Escolar del primer distrito de la capital. Poco después tomaba posesión de la Intendencia de Marina, y en 1902 fué nombrado Intendente Municipal, substituyendo al inolvidable señor D. Adolfo Bullrich, de imperecedera memoria. Ocupó ese cargo hasta llegar á la presidencia de la república el doctor don Manuel Quintana, ó sea octubre de 1904.

Tan asidua y múltiple labor, desempeñada siempre con gran celo, actividad y acierto, explica mejor que los más ditirámicos elogios la satisfacción del pueblo porteño al ver empuñar de nuevo las riendas del gobierno comunal á persona tan bien conceptuada como el señor D. Alberto Casares, de quien se esperan felices iniciativas que seguramente reportarán brillantes resultados para el embellecimiento de la ciudad, y la resolución de trascendentales problemas de viabilidad, higiene, rodados, etc. y de aguas corrientes y otras de salubridad en provecho de los barrios extremos de la gran metrópoli. Sólo así, á pesar de su constante y colosal crecimiento, podrá conservar la fama de ser Buenos Aires una de las ciudades más sanas del mundo y la de menor mortalidad proporcional.



D. ALBERTO CASARES, NUEVO INTENDENTE DE BUENOS AIRES (De fotografía de A. S. Witcom.)

como diputado á la legislatura, como Ministro de Hacienda y como Intendente Municipal de la im-

do y la de menor mortalidad proporcional. Buenos Aires, marzo, 1906. JUSTO SOLSONA.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Espantos de sangre, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
 CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
 Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne-

65 AÑOS DE ÉXITO
FUERA de CONCURSO PARIS 1900
 GRAN PREMIO, Saint-Louis 1904
 Alcohol de Menta de
RICQLÈS
 (EL ÚNICO VERDADERO ALCOHOL de MENTA)
 CALMA la SED, SANEA el AGUA
 Contra el VÓMITO, Dolor de CABEZA, INDIGESTION
COLERINA
 AGUA de TOCADOR y DENTÍFRICO exquisito
 PRESERVATIVO contra las EPIDEMIAS
 Pedir el RICQLÈS
 De venta en las PERFUMERIAS, FARMACIAS y DROGUERIAS.

Frasco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 B^o St-Denis, 16

PECHO IDEAL
 Desarrollo — Belleza — Dureza
 de los PECHOS en dos meses con las *Pildoras Orientales*, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATTÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

LOS ÓMNIBUS AUTOMÓVILES

DE PARÍS

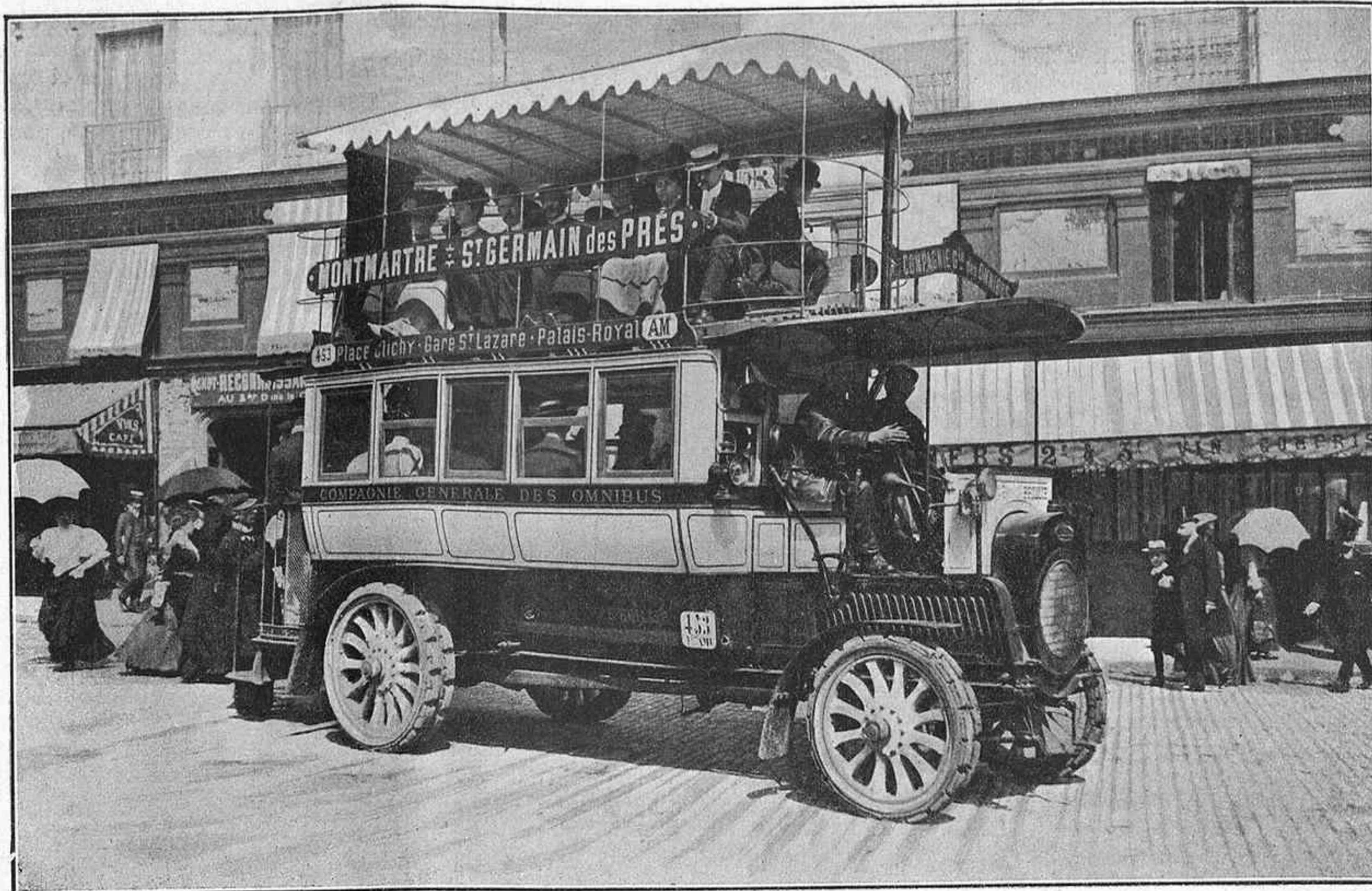
Hace pocos días la Compañía general de Omnibus de París inauguró el servicio de omnibus automóviles en la línea Montmartre-Saint-Germain-des-Prés.

Los nuevos *autobus*, como los denomina el público parisiense, tienen exteriormente el mismo aspecto que los omnibus antiguos; el motor mecánico impulsa cajas del mismo tipo que aquellas de las que tiraban dos caballos, es decir, cajas con plataforma é imperial capaces para 30 asientos. El vehículo va servido por el cobrador y por el cochero maquinista, sentado éste sobre el motor de 35 caballos, alimentado por medio del alcohol desnaturalizado.

La velocidad máxima de los *autobus* es de veinte kilómetros por hora, suficiente para recorrer en unos veinticinco minutos la línea antes mencionada, cuya longitud es de 5 800 metros y que los antiguos omnibus recorrían en cuarenta y cinco minutos. Esta velocidad no presenta el menor peligro.

El *autobus* estorba menos el tránsito que el omnibus arrastrado por caballos, precisamente por la ausencia de éstos; se maneja mucho mejor; es más preciso en sus maniobras y más silencioso, pues el constructor, M. Brillié, ha conseguido hacer un motor muy poco ruidoso y además las ruedas llevan neumáticos. Estos son sencillos en las ruedas delanteras y dobles en las traseras para evitar que el vehículo patine lateralmente en ciertos pisos, como el asfalto mojado. Por ahora la compañía ha puesto en circulación doce *autobus* solamente; pero tiene encargados cien más que han de serle entregados á razón de diez cada mes, de modo que dentro de poco se abrirán al público cinco líneas más.

El interior del *autobus* va iluminado por dos potentes lámparas de acetileno y en invierno se calentará con calórico tomado del motor. Cada coche lleva dos pedales-frenos y una palanca-freno.



PARÍS. - LOS NUEVOS ÓMNIBUS AUTOMÓVILES. - PRIMERA SALIDA CON SERVICIO REGULAR. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

El consumo de cada vehículo es aproximadamente de 70 litros de alcohol para un recorrido de 176 kilómetros.

El público ha acogido con gran satisfacción los nuevos omnibus automóviles. - X.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faubt St-Denis, París,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARÍS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.
PILULES
de **BLANCARD**
EXIGIR LA SIGNATURE
al IODURO de HIERRO
INALTERABLE
APROBADO por la
Academia de
MEDICINA
DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES
Depósito. BLANCARD & C^ª, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á
LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^ª G. SÉGUIN - PARÍS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
Vendese en casa de J. FERRE, Farmaceutico,
SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR,
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE. DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria